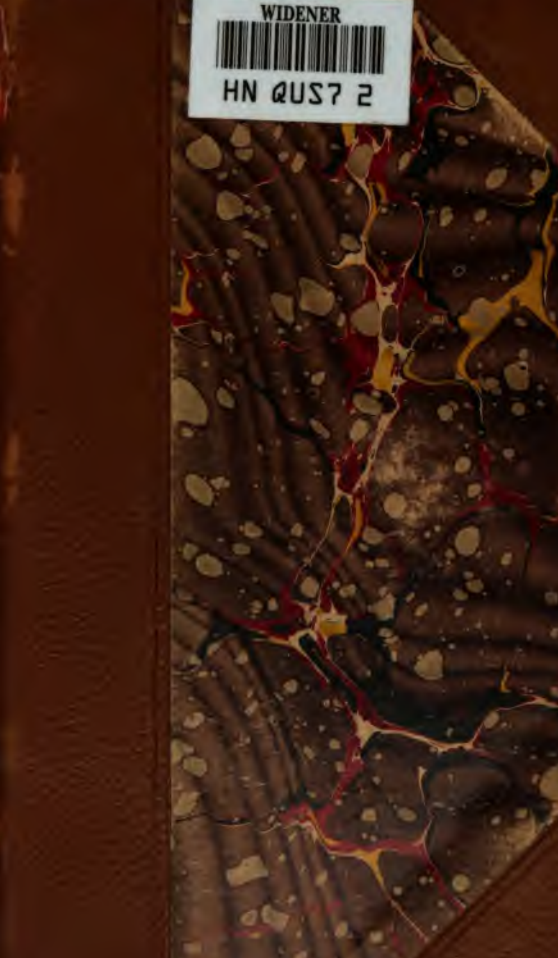
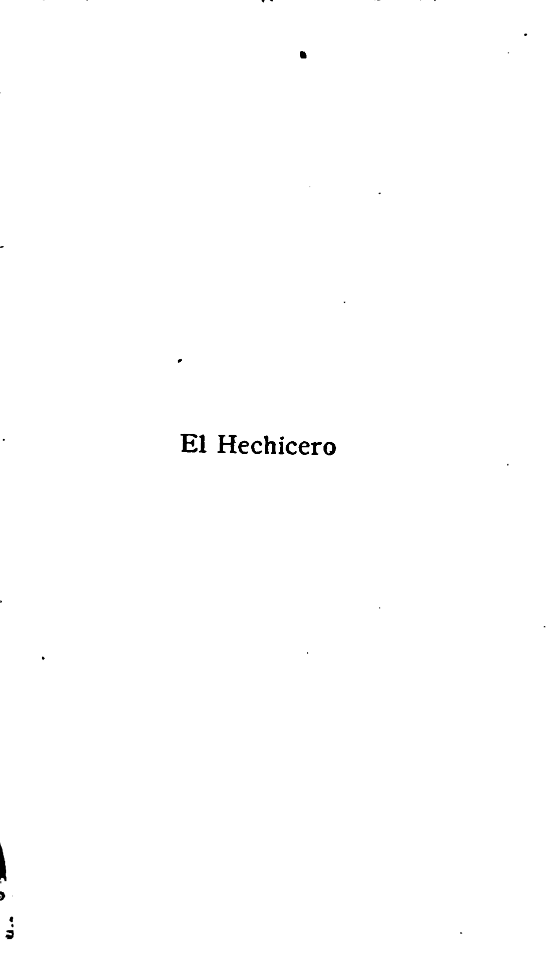

WIDENER
HN QUS7 2



El Hechicero

Se han tirado de esta obra algunos ejemplares en papel especial.

1165 -Tip. Avrial: San Bernardo, 92.



Colección Klong

JUAN VALERA

de la R. A. Española

EL HECHICERO

EL BERMEJINO PREHISTÓRICO

Ó LAS

SALAMANDRAS AZULES

Ilustraciones de Klong

MADRID

FERNANDO FE, LIBRERO

2, C. de S. Jerónimo

MDCCCXCV



EL HECHICERO

El castillo estaba en la cumbre del cerro; y, aunque en lo exterior parecía semiarruinado, se decía que en lo interior tenía aún muy

elegante y cómoda vivienda, si bien poco espaciosa.

Nadie se atrevía á vivir allí, sin duda por el terror que causaba lo que del castillo se refería.

Hacía siglos que había vivido en él un tirano cruel, el poderoso Hechicero. Con sus malas artes había logrado prolongar su vida mucho más allá del término que suele conceder naturaleza á los seres humanos.

Se aseguraba algo más singular todavía. Se aseguraba que el Hechicero no había muerto, sino que sólo había cambiado la condición de su vida, de paladina y clara que era antes, en tenebrosa, oculta y apenas ó rara vez perceptible. Pero ¡ay de quien acertaba á verle vagando por la selva, ó repentinamente descubría su rostro, iluminado por un rayo de luna, ó, sin verle, oía su canto, allá á lo lejos, en el silencio de la noche! A quien tal cosa ocurría, ora se le descon-

certaba el juicio, ora solían sobrevenirle otras mil trágicas desventuras. Así es que, en veinte ó treinta leguas á la redonda, era frase hecha el afirmar que habían visto ú oído al Hechicero todo el que andaba melancólico y desmedrado, toda muchacha ojerosa, distraída y triste, todo el que moría temprano y todo el que se daba ó buscaba la muerte.

Con tan perversa fama, que persistía y se dilataba, en época en que eran los hombres más crédulos que hoy, nadie osaba habitar en el castillo. En torno de él reinaban soledad y desierto.

A su espalda estaba la serranía, con hondos valles, retorcidas cañadas y angostos desfiladeros, y con varios altos montes, cubiertos de densa arboleda, delante de los cuales el cerro del castillo parecía estar como en avanzada.

Por ningún lado, en un radio de dos leguas, se descubría habita-

tación humana, exceptuando una modesta alquería, en el término casi del pinar, dando vista á la fachada principal del castillo, al pie del mismo cerro.

Era dueño de la alquería, y habitaba en ella desde hacía doce años, un matrimonio, en buena edad aún, procedente de la más cercana aldea.

El marido había pasado años peregrinando, comerciando ó militando, según se aseguraba, allá en las Indias. Lo cierto es que había vuelto con algunos bienes de fortuna.

Muy por cima del prestigio que suele dar la riqueza (y como riqueza eran considerados su desahogo y holgura en el humilde lugar donde había nacido), resplandecían varias buenas prendas en este hombre, á quien, por suponer que había estado en las Indias, llamaban el Indiano. Tenía muy arrogante figura, era joven aún,

fuerte y diestro en todos los ejercicios corporales, y parecía valiente y discreto.

Casi todas las mozas solteras del lugar le desearon para marido. Así es que él pudo elegir, y eligió á la que pasaba y era sin duda más linda, tomándola por mujer, con no pequeña envidia y hasta con acerbo dolor de algunos otros pretendientes.

El Indiano, no bien se casó, se fué á vivir con su mujer á la alquería que poco antes de casarse había comprado.

Allí poseía, criaba ó se procuraba con leve fatiga cuanto hay que apetecer para campesino regalo y sano deleite. Un claro arroyo, cuyas aguas, más frescas y abundantes en verano por la derretida nieve, en varias acequias se repartían, regaba la huerta, donde se daban flores y hortaliza. En la ladera, almendros, cerezos y otros árboles frutales. Y en las orillas

del arroyo y de las acequias, mastranzos, violetas y mil hierbas olorosas. Había colmenas, donde las industriosas abejas fabricaban cera y miel perfumada por el romero y el tomillo que en los circunstantes cerros nacían. El corral, lejos de la casa, estaba lleno de gallinas y de pavos; en el tinado se guarecían tres lucias vacas que daban muy sabrosa leche; en la caballeriza, dos hermosos caballos, y en apartada pocilga, una pequeña piara de cerdos, que ya se cebaban con habas, ya con las ricas bellotas de un encinar contiguo. Había, además, algunas hazas sembradas de trigo, garbanzos y judías; y, por último, allá en la hondonada, un frondoso sotillo, poblado de álamos negros y de mimbreras, hacia cuyo centro iba precipitándose el arroyo y formando, ya espumantes cascadas, ya serenos remansos.

Como el Indiano era excelente

cazador, liebres, perdices, patos silvestres y hasta reses mayores no faltaban en su mesa.

Así vivían, como he dicho, hacía más de doce años, marido y mujer, en santa paz y bienandanza, alegrándoles aquella soledad una preciosa y única hija que habían tenido y que rayaba en los once años.

No consta de las historias, que hemos consultado, cuál fuese el nombre de esta niña; pero, á fin de facilitar nuestra narración, la llamaremos Silveria.

Bien puede asegurarse, sin exageración alguna, que Silveria era una joya; un primor de muchacha. Se había criado al aire libre, pero ni los ardores del sol ni las otras inclemencias del cielo habían podido ofender nunca la delicadeza de su lozana y aún infantil hermosura. Como por encanto, se mantenía limpia y espléndida la sonrosada blancura de su tez. Sus

ojos eran azules como el cielo, y sus cabellos dorados como las espigas en Agosto.

Acaso, cuando éramos niños, nos consintieron y mimaron mucho nuestros padres. De todos modos, ¿quién no ha conocido niños consentidos y mimados? Y sin embargo, á nadie le será fácil concebir y encarecer lo bastante el consentimiento y el mimo de que Silveria era objeto. La madre, por dulce apatía y debilidad de carácter, la dejaba hacer cuanto se le antojaba; y el padre, que era imperioso, como idolatraba á su hija y se enorgullecía de que se le pareciese en lo resuelta y determinada, y en la valerosa decisión con que ella procuraba siempre lograr su gusto y cumplir su real voluntad, lejos de refrenarla, solía, sin premeditar ni reflexionar, darle alas y aliento para todo. Así es que, cuando el padre se iba, y se iba á menudo, ya de caza, ya á

otras excursiones, se diría que por estilo tácito transmitía á la chica todo su imperio. Parecía, pues, Silveria una pequeña reina absoluta, una emperatriz disfrazada de zagala. Por fortuna, era tan generoso y noble el temple natural de su ánimo, que ni su absolutismo menoscababa el cariño y el respeto que á su madre tenía, ni la amplia libertad de que gozaba le valía nunca para propósito que no fuese bueno.

No había en la alquería más servidumbre que la anciana nodriza de la señora, cocinera y ama de llaves á la vez; su hija, ya más que granada, la cual, aunque muy simple, trabajaba mucho y lavaba y planchaba bien; y el viejo marido de la nodriza, que hacía de gañán, porquerizo y vaquero.

Silveria, como se había criado en aquel rústico apartamiento, sin hablar apenas sino con su gente y con sus padres, era dechado sin-

gular de candorosa inocencia. Se había formado de la naturaleza muy alegre y poético concepto; y en vez de recelar ó desconfiar de algo, á todo se atrevía y de nada desconfiaba. Cuanto era natural imaginaba ella que existía para su regalo y que se deshacía para obsequiarla. ¿Cómo, pues, había de ser lo sobrenatural menos complaciente y benigno? Por eso, sin darse exacta cuenta de tal discurso, y más bien por instinto, Silveria no se asustaba ni de la oscuridad nocturna, ni de las sombras y del silencio del bosque, ni de los vagos y misteriosos ruidos que forman el agua al correr y el viento al agitar el follaje. El mismo Hechicero, de quien había oído referir mil horrores, en lugar de causarle pavor, le infundía deseo de encontrarse con él y de conocerle y tratarle. A ella se le figuraba que era calumniado y que no podía ser perverso como decían.

Contaba su madre que el Hechicero no la atormentaba ya; pero que durante los primeros años de su matrimonio y de su estancia en la alquería, la había atormentado no poco. Tal vez, de noche, ella había oído su voz entonando melancólicos cantares; tal vez había llegado hasta su oído el son triste y mágico de su melodioso violín; tal vez ella le había entrevisto, al incierto resplandor de las estrellas, cuando atravesaba la selva y llegaba á un claro, donde no había encinas, pinos ni abetos. Entonces decía la madre que la sangre se le helaba con el susto; que sentía pena, como la que deben causar los remordimientos, considerando delito el ver ó el oir; y que cerraba ventanas y puertas para que el Hechicero no viniese á buscarla.

Silveria no comprendía lo que contaba su madre, ó lo comprendía al revés; ni en el canto ni en el so-

nido del violín acertaba á distinguir nada de espantable ni de pecaminoso; y lo único que la apenaba era que aquella música, á su ver tan infundadamente medrosa, no sonase ya nunca, ó, al menos, no llegase á su oido.

Sin el menor recelo, y ligera como una corza, solía, pues, Silveria salir de su casa, donde su madre andaba distraída y empleada en faenas domésticas, y recorría, saltando y brincando, todas aquellas cercanías. De lo que más gustaba era de ir al pie del castillo, que no estaba lejos, y cuyas almenas y torres y aun la fachada principal, con sus grandes ventanas ojivales, descollando sobre la masa de verdura, se divisaban bien desde el mismo cuarto en que ella dormía.

Delante del castillo había un ancho estanque de agua limpia y pura, porque el abundante arroyo que regaba la huerta, entrando y

saliendo, renovaba el agua de continuo. En aquel estanque el castillo se miraba con gusto como en un espejo.

Iluminando fantásticamente su fondo y prestándole apariencias de profundidad infinita, se retrataba también en él la divina amplitud de los cielos.

Por todo alrededor había, además de las encinas y robles de la selva, sauces, higueras, granados y acacias y muy viciosa lozanía de otras plantas y hierbas.

En una fresca mañana de Abril, Silveria vagaba por aquel lugar solitario y oculto, cogiendo lirios, violetas y rosas, que florecían en abundancia y llenaban el ambiente con su perfume.

A deshoras oyó inesperado estrépito y fué á ocultarse entre unas matas. Entonces vió llegar á caballo á un hombre, que bajó de él y le ató á una rama por la rienda. El hombre estaba en lo mejor

de su edad: vestía de negro, y bajo su sombrero con plumas y de ala ancha se descubría muy bello rostro. Era gentil su apostura. A su andar airoso resonaban las doradas espuelas.

El aspecto del forastero no era ciertamente para atemorizar á nadie, de suerte que Silveria, que ya de por sí no pecaba de tímida, salió de su escondite, y marchando hacia el recién llegado, le dijo:

—Buenos días tenga su merced.

Sorprendido el forastero de la repentina aparición, exclamó:

—¿Quién eres tú, chiquilla?

—Soy Silveria —contestó;—soy la hija del Indiano. Vivo á pocos pasos de aquí. Si no lo estorbase la arboleda, se vería desde aquí mi casa. Y el señor caballero, ¿es, por ventura, el encantador de quien tanto se habla?

—No, hija, yo no soy el encantador, pero ando en su busca. Y tú, dime, ¿qué hacías por aquí?



—Pues, ¿qué había yo de hacer?... Nada... coger flores Aquí las hay á manta... ¡y tan bonitas! ¡Mire, mire cuántas he cogido! Y extendiendo los brazos y desplegando el delantal, le enseñaba las flores que en él tenía.

—Tome su merced las que quiera.

—Gracias—dijo el caballero.

Y tomando del delantal dos lirios de los que tenían más largo el cabo, se quitó el sombrero. puso en él los lirios al lado de las plumas y volvió á cubrirse.

Tal vez notó la chica, mientras él estaba descubierto, que su cabellera era negra y rizada en bucles, blanca y serena la frente, y los ojos dulces y tristes.

Ello es que, cobrando mayor confianza, habló así Silveria:

—Aunque me moteje de sobrado curiosa, ¿quiere su merced decirme qué diantre ha venido á hacer por estos andurriales?

Cayeron en gracia al caballero

el imperioso desenfado y el infantil despejo de Silveria, y le respondió sonriendo:

—Hija mía, yo he comprado este castillo, y vengo á vivir en él. Mis criados van á llegar con el equipaje. Por la impaciencia de ver el castillo me he adelantado á trote largo.

—¡Ay! Y yo que nunca le he visto, porque está cerrado con llave... Déjeme su merced que le vea.

—Pues qué, ¿no tienes miedo?

—¿Y de qué?

—Entonces puedes venir conmigo. Aquí están las llaves; abriremos y entraremos, y lo veremos todo.

Dicho y hecho. Aquel joven señor abrió la puerta, y, acompañado de Silveria, recorrió lo interior del castillo.

Luego que subieron la elegante escalera, vieron en el piso principal salas muy bien amuebladas, aunque todo cubierto de telarañas y de polvo.

Desde la ventana del centro, que estaba sobre la puerta y en la mejor sala, ambos se extasiaron al contemplar la magnífica vista. Allí se oteaban ríos y arroyos, risueñas llanuras, cortijos y aldeas distantes, y, como límite más remoto, montañas azules, cuyos picos se dibujaban ó se esfumaban en el más nítido azul del aire, diáfano, sin nubes y dorado entonces por el sol. En torno se veían, como mar de verdura, las apiñadas copas de los árboles que circundaban el castillo, y, no muy lejos, á la salida del bosque, la pequeña alquería de Silveria.

—Allí vivo yo—dijo al forastero, mostrándole la alquería con el pequeñuelo y afilado dedo índice.

Miró el forastero la alquería, y, antes de que dijese palabra, exclamó Silveria:

—Vaya si soy disparatada; de fijo que van á dar las nueve... hora de almorzar. Mi padre va á chillar

y á rabiar si me echa de menos. Adiós, adiós.

Y salió escapada, y bajó la escalera dando brincos.

No quiso él perseguirla ni detenerla, pero le gritó desde lo alto:

—Muchacha, ten cuidado, no te vayas á caer. Vuelve por aquí cuando quieras.

—Ya volveré, si no incomodo—contestó; —y luego, mirando él de nuevo por la ventana, vió á la chica salir corriendo del castillo, cruzar por la orilla del estanque y perderse de vista bajo la enramada, donde estaba la senda más corta que á su casa conducía.

Más de una semana pasó Silveria sin volver al castillo, aunque sentía muchas ganas de volver, estimulada por el afán de saber lo que allí pasaba.

Ella había esperado que el forastero hubiese venido á visitar á sus padres, como á sus únicos vecinos, ó haberle encontrado á caballo ó á

pie, en los paseos de ella por el campo. Pero estas esperanzas le salieron vanas. Sin duda el joven señor había buscado la más completa soledad, en la cual de tal modo se complacía, que se pasaba el tiempo encerrado en su nueva mansión, invisible para todos.

Silveria, al cabo, no supo resistir á su deseo de volver á verle. Recordó que le agradaban las flores, y cogiendo muchas de las más lindas y fragantes que había entonces en su huerta, hizo un ramillete y se fué con él al castillo.

A la puerta había un viejo criado.

—Traigo estas flores para el señor—le dijo Silveria.

El viejo criado echó mano á las flores para llevárselas.

—Tate, tate, atrevido—dijo la muchacha riendo;—yo misma he de llevar las flores. Anuncie á su amo que Silveria está aquí.

Riendo á su vez el viejo de la despótica desenvoltura de la muchacha, se fué á cumplir su mandato.

Ella le siguió hasta el pie de la escalera, y como desde allí sintiesen pasos en lo alto, el viejo gritó:

—Señor, aquí está Silveria.

—Que suba, que suba—respondió el señor al punto.

No fué menester más. Silveria dió un ligero empujón al viejo, que estaba delante de ella atajándole el paso; subió los escalones de dos en dos, hizo una graciosa reverencia al forastero, que ya la aguardaba arriba, y le presentó el ramillete.

El le tomó, diciendo mil gracias, y besó en la frente á Silveria. Luego añadió, dirigiéndose al criado, que acababa de subir:

—Juan, toma estas flores... con cuidado, no se deshojen. Ponlas en un vaso con agua. Trae bizcochos, confites y vino dulce moscatel para agasajar á mi huéspeda.

Después entraron en el salón, donde Silveria lo halló todo más bonito. Ya no había telarañas ni polvo. Los muebles parecían mejores; las telas tenían más vivo color,



y las maderas, lustre, bruñidas con la limpieza.

Junto á la ventana principal había un bufete, con recado de escribi, y muchos libros y papeles.

Silveria, arrellanada en un si-

llón, se comió un bizcocho de los que Juan le presentaba en una bandeja de plata.

—Está muy rico—dijo;—y se comió dos más. Probó luego el vino, paladeándole con gran reposo, y se bebió casi todo un vaso de agua.

Cuando se fué el criado y Silveria se quedó sola con el amo, contestó con sencilla naturalidad á varias preguntas que éste le hizo. Juzgándose así autorizada á preguntar también, sometió al forastero á un chistoso interrogatorio:

—¿Cómo se llama su merced?—le preguntó.

—Me llamo Ricardo, para servirte.

—Para servir á Dios—repuso ella.—Y dígame su merced, ¿en qué emplea su tiempo, encerrado aquí todito el día y sin ver á nadie?

—En escribir.

—¿Y qué escribe?

—Comedias, novelas... soy poeta.

—Vamos, ya entiendo... tramo-

yas y líos de enredo divertido para entretener á la gente ociosa.

—Así es, hija mía.

—Oiga, señor, ¿y cómo se arregla su merced á fin de inventar tanta maraña, sacándola de la cabeza? Difícil ha de ser el oficio. ¿Quién se le enseñó?

—El Hechicero, de quien tantas cosas has oído.

—¿Y dónde y cómo le vió su merced?

—Le vi hace años. Le perdí luego, y me temo que no he de volver á hallarle nunca.

Silveria no comprendió nada de esto, y se lo confesó al forastero con inocente franqueza.

—Con el tiempo lo comprenderás—le dijo él;—eres muy niña todavía.

Y como no le dió más explicaciones, ella se sintió lastimada y picada en el fondo de su alma, de que él, no sólo la creyese ignorante, sino por lo pronto, y Dios sabia

hasta cuándo, incapaz de aprender: indigna de que se le revelase misterio alguno.

Y en su sentir había allí misterio. A la verdad, la idea inmediata y distinta que ella se formaba del oficio de Ricardo, era la de que inventaba embustes ingeniosos é inofensivos que pudiesen servir de diversión apacible. Pero Silveria cavilaba mucho, y su pensamiento iba deprisa y volaba al cavilar, imaginando cosas hermosamente confusas, ya que ella no atinaba entonces á expresarlas con palabras, ni podía siquiera ordenarlas en su cabeza para percibirlas mejor. Sólo vagamente, discurriendo ella en cierta penumbra intelectual, notaba que las ficciones del poeta no eran mero remedo de lo que todos vemos y oímos, sino que penetraban en su honda significación, revelando no poco de lo invisible y de lo inaudito, y haciendo patentes mil tesoros que esconde

naturaleza en su seno. Pero ¿quién prestaba al poeta la llave para abrir el arca en que esos tesoros se custodian? ¿Quién le daba la cifra para interpretar el sentido encubierto de lo que dicen los seres? ¿De qué habla el viento cuando susurra entre las hojas? ¿Qué murmura el arroyo? ¿De qué cantan los pajarillos? ¿Qué cuentan, qué declaran los astros cuando nos iluminan con su luz? De seguro había de haber un ángel, un duende, un genio, un espíritu familiar que nos acudiese en todo esto. Ricardo había de estar en relación con él, había de saber evocaciones á que él obedeciese, conjuros que le sujetasen á su mandado.

Tales ensueños, y otros mil, enteramente inefables, surgían en la imaginación de Silveria, y aguijoneaban su curiosidad.

Ricardo, no obstante, había dicho que era muy niña para entender en otros asuntos al parecer de

menor importancia. ¿Cómo, pues, había ella de considerarse apta para iniciarse é instruirse en algo, á su ver, más recóndito y oscuro?

Silveria era modesta y prudente, á pesar de su desenfado y de su audacia, y no insistió en preguntar.

Para su consolación y sosiego, puso en lo inexplicado extraño deleite, y buscó y halló en lo desconocido inagotable venero de suposiciones fantásticas, que la divertían y embelesaban.

Sus visitas á Ricardo no fueron en lo sucesivo muy frecuentes. Silveria era orgullosa, y no quería estar de más ni ser importuna ó cansada; pero Ricardo la trataba bien, como á una chiquilla despejada, mimada y graciosa, y ella siguió visitándole de vez en cuando, trayéndole flores y comiéndole sus bizcochos.

Alentada por él, que le dijo que le mirase como á su hermano mayor, Silveria acabó por tutearle.

Cuando, á sus solas, pensaba en Ricardo, á veces le tenía grande envidia por el trato íntimo en que se figuraba que había de estar con los genios del aire ó con otros seres é inteligencias sobrehumanas; á veces le tenía muchísima lástima al contemplar el aislamiento y abandono en que él vivía, sin padre ni madre que le cuidasen y mimasen como á ella la cuidaban y mimaban.

De esta suerte, fueron pasando días y días hasta que llegó el invierno con sus escarchas y hielos.

La Nochebuena, quiso el Indiano obsequiar á su hija, y le compró y le trajo de la menos distante ciudad un precioso Nacimiento. Jerusalén, con el templo de Salomón y el palacio de Herodes, todo de cartón pintado, estaba en lo más alto, sobre muchos peñascos, de cartón también: pedacitos de vidrio imitaban ríos y arroyos; la estrella que guiaba á los Reyes Magos apa-

recía atada á un alambre, y el portal de Belén figuraba en primer término.

Más de cuarenta muñequitos de barro animaban el paisaje. Herodes conversaba con la Reina, asomados ambos á un balcón; Melchor, Gaspar y Baltasar iban á caballo, trotando por una vereda y guiados por la estrella maravillosa; el Niño Jesús se veía en el portal con la Virgen, San José, el buey y la mulita; pastores y zagalas se prosternaban adorando al Niño; otros cuidaban de las ovejas ó de una manada de pavos; y seis ó siete ángeles, vistosísimos y con alas desplegadas, al parecer de oro, anunciaban la Buena Nueva al mundo tocando sendas trompetas.

Iluminado todo esto por dos docenas lo menos de cerillas, tomaba un aspecto deslumbrador; semejaba un ascua de oro.

En extremo se holgó Silveria

al ver encendido su Nacimiento. Hubo en la alquería fiesta familiar. La nodriza tocó la zambomba, y amos y criados cantaron villancicos, y patriarcal y primitivamente cenaron juntos sopa de almendras, besugo, potaje de lentejas, y para postres castañas cocidas, olorosos peros y otras frutas bien conservadas desde el otoño.

Terminada la fiesta, todos se recogieron á dormir, mucho antes de media noche; pero Silveria se sentía harto desvelada, y mil ensueños y fantasías tenían alerta y alborotaban su espíritu.

Sola en su cuarto, abrió las maderas de la ventana y se puso á mirar el cielo y los campos solitarios y silenciosos. Ni la más ligera ráfaga de viento movía las ramas. El aire, sin nubes, consentía que la luna bañase con su pálido fulgor los montes y las copas de los árboles. Misteriosa obscuridad

prevalecía donde éstos proyectaban su sombra. Alguna nieve, en el ramaje y extendida por el suelo, relucía cual bruñida plata, y al quebrarse en ella los rayos de la luna, ya lanzaban destellos diamantinos, ya formaban iris fugaces.

Silveria contempló todo lo dicho, pero miró también el castillo, que sobresalía entre los árboles, y vió luz al través de los vidrios de la ventana principal. La lámpara ardía aún sobre el bufete, y su amigo sin duda estaba escribiendo ó leyendo.

Ella tuvo entonces muy grande compasión de la soledad de su amigo; y, al pensar en que ella se había divertido tanto, mientras él había estado tan solo, se le saltaron las lágrimas. Allá en sus adentros, ponderó y encareció además la magnificencia y primor de su Nacimiento, y se afligió sobremanera de que Ricardo no le

hubiese visto. Se sintió dominada por un irresistible deseo de lucir ante su amigo aquella maravilla artística de que era poseedora, gracias á la generosidad de su padre, y sin premeditarlo nada, tomó la resolución más atrevida.

Se abrigó lo mejor que pudo, bajó la escalera de puntillas, se apoderó de la llave de la puerta, abrió y volvió á cerrar, y se encontró al raso, con bastante frio, y llevando en las manos el Nacimiento, apagado, que, por dicha, si bien tenía alguna balumba, pesaba muy poco.

Como era robusta y agil, en menos de diez minutos se plantó en la puerta del castillo, cargada con magos, ángeles, Niño Dios, ovejas, pavos, Jerusalén y pastores.

Depositando su carga en el suelo, dió dos aldabonazos, y pronto oyó la voz del viejo Juan, diciendo:

—¿Quién llama?

—Gente de paz; ¡ábreme, hombre!

Juan conoció la voz, y abrió, todo espantado, y santiguándose y persignándose.

—¡Ave María purísima! ¿Qué ha sucedido? Muchacha, ¿te has vuelto loca?

—No seas tonto —replicó ella.—Yo estoy en mi juicio. Vengo á que vea tu amo esta preciosidad. Vamos á encender á escape.

Y valiéndose de la luz que Juan traía, encendió sin detenerse las candelas todas.

—Cállate: no

digas que estoy aquí. Voy á sorprender á tu amo. Y cargando de Nuevo con el Nacimiento, ya todo refulgente, subió Silveria la escalera.

El poeta, con los codos sobre la mesa, y absorto en sus meditaciones, no había sentido nada.

Silveria entró, se acercó á él sin hacer ruido, y, cuando estuvo á cortísima distancia, recordó lo que el ángel principal llevaba escrito en un cartoncillo, pendiente de la trompeta, y con voz argentina y melodiosa, lo dijo como saludo:

—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Maravillado el poeta, se puso de pie de un salto, y la muchacha, adelantándose rápidamente, colocó sobre la mesa la luminosa y sencilla representación del sagrado misterio.

—¡Vamos! —exclamó— confiesa que es muy bonito.

Ricardo lo miró todo, por un breve instante, sin decir palabra. Luego miró á Silveria y dijo:

—¡Ya lo creo... es un prodigio!...

Y asiendo á la chica por la cintura con ambas manos, la levantó á pulso en el aire, la chilló, la brincó y le dió en las frescas mejillas media docena de besos sonoros.

En seguida la reprendió suave y paternalmente por el audaz desatino de haberse escapado de su casa, viniéndose sola á media noche por entre los pinos. Ella le oyó compungida, pero no arrepentida.

No por eso dejó él de mirar de nuevo el Nacimiento, celebrándole mucho. Después apagó á soplos todas las candelas, se puso la capa y el sombrero, hizo que Juan le acompañase, cargado con el Nacimiento, y, tomando á Silveria de la diestra, y en su izquierda una linterna encendida, llevó á la chica á casa de sus padres, donde la hizo entrar, donde Juan dejó el Nacimiento y

de donde no se retiró hasta que Silveria quedó dentro y echó la llave.

Pasó tiempo, y las visitas de Silveria y sus coloquios con el poeta no se hicieron más frecuentes. Harto notaba ella, apesadumbrada, aunque sin enojo, que él le hablaba siempre de niñerías, que no se dignaba leerle nada de sus obras, y que no llegaba nunca á explicarle los arcanos procedimientos de su arte.

Pero Silveria, que tenía mucho orgullo, culpaba de todo á sus cortos años, y se afligía poco, porque era confiada, jovial y alegre, y no se afligía sino con sobrado motivo.

Jamás hablaba al poeta de sus escritos, contentándose con saber, por Juan, que en la capital del reino eran cada vez más celebrados, proporcionando á su autor envidiable fama.

Ricardo se ausentaba con frecuencia: iba á la capital, pasaba

allí algunos meses y volvía á su retiro.

Apenas volvía, acudía Silveria á verle, y él la encontraba tan niña, tan graciosa y tan inocente como la había dejado.

Aconteció, no obstante, que en una de estas excursiones Ricardo tardaba mucho en volver. Silveria preguntaba á Juan, que había quedado guardando el castillo, cuándo volvería su amo, y, por las respuestas que de Juan recibía, calculaba que iba el poeta á tardar mucho, que acaso ya no volvería jamás.

Así transcurrieron, no dos ó tres meses, como en otras ausencias, sino más de cinco años; pero Silveria distaba infinito de olvidar al poeta. Siempre le tenía presente en la memoria, y aun le veía en sueños. Y si bien le causaba amarga tristeza la desesperanza de volver á verle en realidad, la energía sana y la noble serenidad de su es-

píritu se sobreponían á todas las penas. Por Juan sabía además, y esto la consolaba, que Ricardo estaba bien de salud y que alcanzaba brillantes triunfos allá en remotos países.

Ella también triunfaba, á su modo, en aquel apartado retiro en que vivía. Gloriosa transformación y vernal desenvolvimiento hubo en todo su ser. Estaba otra, aunque más bella. Creció hasta ser casi tan alta como su padre; su cabeza parecía, en proporción del resto del cuepo, más pequeñita y mejor plantada sobre el gracioso cuello, cuyo elegante contorno quedaba descubierto por la cabellera rubia, no caída ya en trenzas sobre la espalda, sino recogida en rodete; los ricillos ensortijados, que flotaban sueltos por detrás, hacían el cuello más lindo aún, como si vertiesen, sobre apretada leche teñida con fresas, lluvia de oro en hilos y de canela en polvo;

la majestad gallarda de su ademán y de sus pasos indicaba la salud y el brío de sus miembros todos; la armonía divina de sus formas se revelaba al través de la ceñida vestidura, y, agitándose su firme pecho, se levantaba en curva suave.

En resolución, Silveria era ya una hermosísima mujer; pero tan inocente y pura como cuando niña.

La madre, al ver á Silveria en edad tan sazonada y florida, excitó al Indiano á salir de aquella soledad y á irse á vivir en la aldea ó en población mayor y más rica, á fin de hallar un buen novio con quien la chica se casase; pero el Indiano se oponía siempre á tal proyecto y le condenaba como profanación abominable. Aunque valiéndose de términos más rudos, él razonaba de esta suerte. Algo dormía aún en Silveria, y era cruel romper bruscamente su sueño de ángel; era impío, sin aguardar á que ella misma bajase del cielo á

cumplir su misión, lanzarla de repente en la tierra, por grandes que fuesen las venturas con que la tierra le brindara.

Convenía, por otra parte, que aquella rosa temprana desplegase sus pétalos con todo reposo y no diese precipitadamente el aroma y la miel de su cáliz. El Indiano alegaba, por último, que no era de temer que su hija perdiese la ocasión. Por su simpar belleza podía aspirar á enlazarse con un príncipe; y como, además, el Indiano había administrado bien su caudal, había ahorrado bastante y podía dotar á Silveria con generosa esplendidez, siempre que se lo propusiese acudirían los novios á bandadas como los gorriones al trigo.

No se sabe si los razonamientos del Indiano convencieron ó no á su mujer; pero ella hubo de someterse, según tenía de costumbre.

Silveria continuó, pues, selvática y casi retraída de toda conviven-

cia y trato de gentes, como paloma torcaz, como escondida flor del desierto.

En una tarde apacible del mes de Mayo subió Silveria al castillo á ver al anciano Juan, que allí vivía solo.

Extraordinarios fueron su júbilo y su sorpresa cuando supo que la noche anterior, sin previo aviso, había llegado Ricardo después de cinco años de ausente.

Como cuando ella tenía once, con igual sencillez, si bien con mayor ímpetu, apartó Silveria al criado, corrió por la escalera arriba, y, conmovida, jadeante y bañadas las mejillas en encendido carmín, se lanzó en la sala, donde, por dicha, se encontraba el poeta.

Recordando entonces, de súbito, el saludo angélico de la noche de Navidad, le repitió, diciendo:

—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

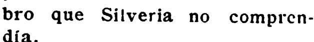
Pasmado, mudo, extático se quedó él, como si una portentosa deidad hubiera llegado á visitarle.

— ¿ Qué... no me reconoces? — añadió ella.



Y se arrojó cariñosamente en sus brazos.

El la apartó de sí blandamente, con honrado temor, y con una admiración y un asombro que Silveria no comprendía.



—¿No eres ya mi hermano? -le dijo melancólicamente.

Entonces le contempló por breve espacio, y creyó advertir que una nube de tristeza velaba su faz;

pero halló su faz aún más hermosa que en los antiguos días.

Ricardo tomó con afecto en sus manos las manos de ella, y le habló de cosas que ella escuchó con entreabierta boca y con ojos que, por el interés y el espanto con que le miraba y le oía, parecían más dulces y más luminosos y grandes.

Silveria no entendió bien todo el sentido de lo que él decía; pero percibió que se lamentaba de que era muy desventurado, de que ya no podía hacer dichosa á mujer alguna, de que su corazón estaba marchito, y de que, si bien el Hechicero podía volverle aún toda su juvenil lozanía, le había buscado en vano en sus largas peregrinaciones y no había podido hallarle.

En extremo afligieron á Silveria tan dolorosas confesiones. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus frescas mejillas.

Ansiando luego consolar al poe-

ta, y con el mismo candor, con el mismo abandono purísimo con que ella acariciaba á su madre, se acercó á él y empezó á hacerle caricias.

En aquel punto, y con disgusto idéntico al que siente quien recela que alguien trata de impulsarle á cometer un crimen, Ricardo rechazó violentamente á Silveria, exclamando:

—¡No me toques! ¡No me beses! ¡Vete pronto de aquí!

La gentil moza, sin penetrar el motivo de aquellos aparentes y generosos desdenes, se consideró profundamente agraviada.

No se quejó; no rogó; no lloró. Su soberbia cegó la fuente del llanto y ahogó los ruegos y las quejas; pero huyó, volando como lastimada paloma, escapando como cierva herida por empozoñada flecha clavada en las entrañas.

En hondo estupor había caído el poeta al notar el efecto desastroso del desvío que acababa de

mostrar por un irreflexivo primer movimiento.

Apenas volvió en sí, fuerza es confesar que desechó todos los escrúpulos y se arrepintió y hasta se avergonzó de su conducta.

Se rió de sí mismo con risa nerviosa y se calificó de imbécil.

A fin de enmendar la que ya juzgaba falta, salió corriendo en pos de Silveria, pero era tarde.

¿Cómo descubrir sus huellas? ¿Cómo reconocer el sendero por donde había huido? El bosque era espesísimo y dilatado. Ricardo vagaba por aquel laberinto; llamaba á voces á Silveria, y el eco sólo le respondía.

Pronto llegó la noche, sin luna y con nubes que ocultaban la luz de las estrellas. Completa obscuridad reinaba en el bosque. Tal vez rompía su solemne silencio el silbar de las lechuzas ó el tenue gemido del viento manso que agitaba por momentos las hojas.

En los giros y rodeos, que iba dando como loco, vino á parar el poeta cerca de la alquería.

Alegres presentimientos y gratos planes le volvieron de súbito la serenidad.

«Silveria, pensaba él, no se habrá ido á otra parte. Debe de hallarse en su casa. Entraré allí; informaré de todo á los padres, y, delante de ellos, pediré perdón á Silveria, asegurándole que, lejos de desdeñarla, soy suyo para siempre.»

En la alquería ignoraban aún la vuelta del poeta.

Con singular asombro recibieron el Indiano y su mujer á un hombre á quien sólo de oídas conocían y de quien apenas habían oído hablar en más de cinco años.

Pero todo era allí consternación y alboroto. El Indiano acababa de llegar de una larga excursión, y su mujer le había dicho, llorando y sollozando, que Silveria no ha-

bía vuelto: que Silveria no parecía.

Sin más explicaciones, porque no lo consintió la zozobra con que estaban, todos salieron de nuevo al campo á buscar á Silveria.

Inútilmente anduvieron buscándola hasta el amanecer. El día los sorprendió rendidos y desesperados.

La madre imaginaba que el Hechicero le había robado á su hija; el Indiano que se la habían comido los lobos; los criados que se la había tragado la tierra.

Sospechando que se hubiera podido caer en los estanques, revolvieron las aguas y sondearon el fondo sin dar con ella ni muerta ni viva.

Durante todo aquel día, sin reposar apenas, los dos amos y los dos criados hicieron pesquisas y como un ojeo por varios puntos del bosque, que se extendía leguas.

A las poblaciones más cercanas

enviaron avisos de la fuga, con las señas de la fugitiva; ¡pero nada valió! Y aunque entonces no había telégrafos, ni teléfonos, y ó no había policía ó andaba menos lista que ahora, se empleó tanta diligencia en buscar á Silveria, que al persistir su desparición, adquiría visos y vislumbres de milagrosa ó dígase de fuera del orden natural y ordinario.

Retrocedamos ya al tiempo, en que nos hemos adelantado, y volvamos á cuando huyó Silveria, juzgándose agraviada.

Delirante de rabia y despecho, corrió primero, sin parar y sin saber por dónde, internándose en un agreste é intrincado laberinto, por el cual no había ido jamás, y donde no había senda ni rastro de pies humanos, sino abundancia de brezos, helechos, jaras y otras plantas, que entre los árboles crecían, formando enmarañados matorrales,

Se detuvo un rato, reflexionó y reconoció que se había perdido.

La asaltó grandísimo temor, figurándose el horrible pesar que iba á dar á sus padres si no volvía pronto á su casa.

Pugnó por volver, buscó el camino, se dirigió, ya por un lado, ya por otro; pero á cada paso se desorientaba más y se veía en más desconocido terreno.

La esquividad de aquellos sitios se hizo pronto mas temerosa y solemne. Obscurísima noche sorprendió en ellos á Silveria.

Por fortuna, Silveria no sabía lo que era miedo. A pesar de su dolor y de su enojo, gustaba cierto sublime deleite al sentirse circundada de tinieblas y de misterio, en medio de lo inexplorado. Quizá el Hechicero iba á aparecérsele allí de repente.

Ideas y sentimientos muy distintos surgieron en su alma. La ira contra el poeta se trocó en piedad,

Le creyó enfermo del corazón; le perdonó; disculpó su desvío.

El Hechicero había causado aquel mal, y era menester que el Hechicero le trajese remedio.

Entonces improvisó Silveria una atrevida evocación, un imperioso conjuro, y dijo en alta voz y con valentía:

—¡Acude, acude, Hechicero, para consolar y sanar á mi poeta y hacerle dichoso!

La voz se desvaneció en las tinieblas, sin respuesta ni eco, restaurándose el silencio. La creación entera dormía ó estaba muda y sorda.

Nuestra heroína siguió marchando á la ventura, si bien con lentitud. Sus pupilas se habían dilatado y casi veía en la obscuridad. Iba, pues, salvando dificultades y tropiezos, cruzando por entre malezas y riscos, y subiendo y bajando cuestas, porque el suelo era cada vez más agrio y quebrado,

Al fin empezó á alborear.

La fatiga de Silveria era inmensa. No podía tenerse de pie. Logró, no obstante, encaramarse en un peñón, donde se consideró defendida de la humedad, y, confiando en la



protección de los cielos, buscó reposo y pronto se quedó dormida.

Sus ensueños no fueron lúgubres. Acaso eran de feliz agüero y se prestaban á interpretación favorable.

Soñó que, mientras su madre le enseñaba á leer en libros devotos,

vinieron los genios del aire y se la llevaron volando para enseñarle más sabrosa lectura en el cifrado y sellado libro de naturaleza, cuyos sellos rompieron, abriéndole, á fin de que ella le descifrase y leyese.

Cuando despertó, el sol resplandecía, culminando en el éter. Sus ardientes rayos lo bañaban, lo regocijaban y lo doraban todo.

Ella se restregó los ojos y miró alrededor. Se encontró en honda cañada. Por todas partes, peñascos y breñas. Los picos de los cerros limitaban el horizonte. Aquel lugar debía de ser el riñón de la serranía. Silveria creyó casi imposible haber llegado hasta allí, sin rodar por un precipicio, sin destrozarse el cuerpo entre los espinos y las jaras, ó sin el auxilio de aquellos genios del aire con que había soñado.

¿Para qué detenerse en aquel desierto? Con nuevos bríos, aunque sin saber á dónde, prosiguió Silveria su camino.

Después de andar más de dos horas, encontró una estrecha senda, que le pareció algo trillada. Formaba toldo á la senda la tupida frondosidad de gigantescos árboles. Apenas algunos sutiles rayos de sol se filtraban á través de las ramas.

Subiendo iba Silveria una cuestecilla, cuando oyó muy cerca los lamentables aullidos de un perro. Precipitó su marcha, llegó al viso, donde había un altozano, y vió por bajo un grupo de chozas.

Junto á las chozas, armadas de sendas estacas, cinco mujeres, desgreñadas y mugrientas, ó más bien cinco furias, rodeaban á un perro y le mataban á palos. Catorce ó quince chiquillos, cubiertos de harapos y de tizne, celebraban con descompuestos gritos de cruel alegría aquella ejecución desapiadada.

A cierta distancia venía un pobre viejo, de blanca y luenga bar-

ba, con un puñal desnudo en la mano, corriendo hacia las mujeres para defender ó vengar al perro.

Llevaba un violín colgado á la espalda, y estaba ciego. Era un músico ambulante.

Las mujeres se retiraron hacia las chozas, viéndole venir. Los chiquillos, puestos en hilera, la emprendieron con él á pedradas. Uno de ellos se revolcaba por el suelo y chillaba como un energúmeno. El perro, acosado por todos, le había dado un pequeño mordiscó, motivando así la ira de las mujeres y la canina tragedia.

El ciego llegó tarde. El perro había quedado muerto.

Derribándose sobre él el anciano, hizo tales lamentaciones y vertió llanto tan desconsolado, que algo mitigó la ferocidad de aquella gente. Los chiquillos dejaron de tirarle piedras; pero ellos y sus madres continuaron insultándole de palabra.

Le llamaban brujo, mendigo sin vergüenza y hechicero maldito.

En esto llegó Silveria, imprevisto y raro personaje en medio de tal escena.

Por salvadora ventura pudo tenerse que los maridos y padres de aquella desharrapada y turbulenta grey, los cuales, bajo la traza de carboneros y leñadores, tal vez eran contrabandistas ó bandidos, hubiesen ido lejos, aquel día, á ejercer sus industrias ó á entregarse á sus merodeos. Si hubieran estado allí, el ciego y Silveria, que se puso á defenderle, muy animosa, hubieran corrido grave peligro, porque aquellos hombres habían de ser maleantes y desalmados.

Como quiera que fuese, Silveria, convirtiéndose en denodada amazona, se apoderó del arma, que el viejo no sabía esgrimir á causa de su debilidad y de su ceguera, y creyó y aseguró que tendría á raya á toda la chusma.

Lo prudente, sin embargo, era emprender una pronta retirada. El ciego lo pedía así, diciendo, con voz temblorosa, á Silveria:

—Vámonos, hija mía: me estoy muriendo; apenas puedo andar. Tú eres un ángel. Sírveme de guía y de apoyo. Yo te marcaré el camino que importa seguir, y tú le verás, le distinguirás con tus ojos, que han de ser muy hermosos, y me llevarás por él hasta llegar á un sitio donde aguarde yo con reposo mi muerte, ya cercana.

El viejo, en efecto, tenía el semblante de un moribundo. Violentas pasiones y continuos padecimientos, físicos y morales, habían gastado su vida.

—Sin el perro—dijo—no podía yo irme, si tú, hija mía, no hubieses venido en mi socorro. Ayúdame á llegar á la casa, donde tengo albergue y refugio. No dista mucho de aquí, y, con todo, no sé si llegaré con vida; las fuerzas me faltan.

Silveria, llena de caridad, sostuvo al viejo, y éste, apoyado en su báculo y en el brazo de Silveria, á quien indicaba la vía, fué andando en compañía de la gallarda joven.

Durante el viaje, le hizo el viejo pasmosas confidencias.

—Apenas me hablaste—le dijo—te reconocí por la voz. Pensé que oía á tu madre, cuando, hace veinte años, ella misma, engañándose, me persuadía con dulces palabras de que me quería bien, y me halagaba con la esperanza de ser mi esposa. Pero, en mal hora para mí, vino al lu-

gar el Indiano. Tu madre se prendó de él perdidamente. Yo la perdono. Comprendo que no tuvo ella la culpa de mi infortunio, sino la influencia invencible de nuestro sino. Entonces mi alma era más fervorosa y enérgica. Mi alma era injusta, y no la perdonaba. No pocas veces proyecté robarla ó matarla, y me disuadía y me arredraba luego mi honradez... ó mi cobardía. Como demente, vagaba yo en torno de vuestra alquería. Me ocultaba en el castillo. Atormentaba á tu madre como un vivo remordimiento; la asustaba haciéndole creer que el Hechicero era yo. Dios, sin duda, quiso castigarme, y me dejó ciego. En adelante, no rondé más en torno de vuestra alquería. Mi vida fué cada vez más desastrada. Viví errando por montes y valles, tocando mi violín y pordioseando.

Las revelaciones del viejo, su sórdida miseria y las mismas en-

fermedades, que se estaba notando que le abrumaban bajo su peso, infundían á Silveria repulsión poderosa; pero, en su noble espíritu, podía más la compasión, y la excitaba á no abandonar al desvalido hasta que le dejase en salvo.

Silveria, además, no acertó á resistir á las insistentes preguntas del mendigo, y le contó su vida, su fuga y su empeño de hallar al Hechicero para sanar y consolar al poeta.

Entre tanto, la peregrinación continuaba, con trabajosa lentitud, por sitios cada vez más escabrosos. Se habían internado en un estrecho y hondo desfiladero. Por ambos lados se erguían montañas inaccesibles, tajados peñascos, por donde no lograrían trepar ni las cabras monteses. La fértil vegetación espontánea revestía todo aquello de bravía hermosura, que causaba á la vez susto y deleitoso pasmo.

A menudo el viejo se paraba fatigadísimo; se echaba por tierra y reposaba.

En uno de estos momentos de reposo sacó de su zurrón algunos mendrugos de pan bazo y varias rajas de queso, y, al borde de una fuentecilla, compartió con la joven su poco apetitosa y rústica merienda. En otros momentos, Silveria se rindió al sueño y se recobró de su cansancio.

La noche llegó al cabo, con aterradora lobreguez.

—Todavía nos queda bastante que andar—dijo el viejo.

Y sacando del zurrón una linternilla, y de la faltriquera eslabón, pedernal, yesca y pajuela, encendió un cabo de vela que dentro de la linternilla estaba colocado. Después entregó á Silveria la linternilla y otros cabos de vela, de que venía provisto, para cuando el que estaba ardiendo se consumiera.

De esta suerte, siguieron caminando.

Sería ya cerca de media noche, cuando oyó Silveria ruido de aguas abundantes, que corrían con rapidez, despeñándose entre las rocas.

—Ya estamos á pocos pasos de mi casa—dijo el ciego.—Yo vivo con mi hermana, que es más vieja que yo. Su carácter es violento y avinagrado. Odiaba á tu madre. No quiero que te vea. Podría reconocerte y hacerte daño. Sus hijos, además, son dos foragidos, y de ellos debo recelar lo peor. No bien lleguemos á la orilla del río, es necesario que me dejes. Yo, siguiendo la corriente, me iré sin dificultad á la casa, que dista de allí poquísimo. Tú, ya sola, seguirás andando con valor contra el curso del agua, y procurando no encontrar á ningún ser humano. La linternilla te alumbrará. Al fin llegarás al nacimiento del río, que brota entre las peñas. A poca distancia

del gran manantial, si buscas bien, verás la entrada de la caverna. Entra denodadamente; llega hasta el fondo, y yo te aseguro y anuncio que encontrarás al Hechicero, según lo deseas.

Pronto llegaron, en efecto, á la misma margen de aquel riachuelo apresurado. Allí se escabulló el viejo: se desvaneció en la obscuridad como soñada visión aérea. Silveria se quedó completamente sola.

Su peregrinación fué más penosa y más arriesgada que antes, por espacio de algunas horas. El casi borrado sendero por donde Silveria iba se levantaba, en no pocos puntos, sobre el nivel del agua, de la que le separaba un negro precipicio. La garganta de las sierras, en que el río había abierto su cauce, se estrechaba cada vez más, y la cima de los montes parecía elevarse, dejando ver menos cielo y menos estrellas.

Amaneció, por último, y penetró en aquella hondonada la incierta luz de la aurora.

Todo se alegró y animó al ir disipándose la obscuridad. Despertaron las aves y saludaron con sus trinos el naciente día.

Silveria llegó entonces al manantial. Brotaba con ímpetu y en gran cantidad la cristalina masa de agua entre enormes y pelados peñascos. Por todas partes se alzaban como colosales paredes los escarpados cerros. La joven se creía sumida en un grande hoyo, porque las revueltas del camino le encubrían el lugar de su ingreso.

Buscó ella con ansia la gruta; y, apartando ramas y zarzas, que la celaban algo, vino al fin á dar con la entrada.

Sin vacilar un instante, y con heroica valentía, penetró en el subterráneo, espantando á los buhos y murciélagos que allí anidaban, y que oseados huyeron.

Transcurridos ya más de veinte minutos de marchar en las sombras, un tanto iluminadas por la linternilla, y de seguir un camino tortuoso, viendo Silveria que no llegaba al término, se impacientó, recordó su evocación y gritó con coraje:



—¡Acude, acude, Hechicero, para sanar y consolar á mi poeta!



Nadie respondió á la evocación, que retumbó repercutiendo en aquellos huecos y recodos.

El último cabo de vela que en

la linterna ardía chisporroteó y acabó de consumirse. La audaz peregrina quedó envuelta en las tinieblas más profundas.

Se adelantó á tientas: iba cuesta arriba; la cuesta era más empinada, mientras más se elevaba. El techo de la gruta se hacía más bajo. Silveria tenía que andar agachadísima y tocando en el techo con las manos para no tocarle con la cabeza.

De pronto notó en el techo, en vez de piedra, madera. Palpó con cuidado, y advirtió que eran tablas trabadas con dos barras de hierro. Palpó con mayor detención, y descubrió que las tablas estaban asidas al techo de la gruta por cuatro fuertes goznes.

Subió entonces tres escalones en que terminaba la cuesta; aplicó la espalda al tablón y empujó con brío.

El tablón no tenía candado ni cerradura. No había llave que pu-

diese estar echada; pero el tablón se resistía al empuje de Silveria, que casi desesperó de levantarle.

Hizo, no obstante, un supremo esfuerzo, y el tablón se levantó, girando sobre los goznes, volcándose de un lado y dejando entrar por la ancha abertura alguna tierra con ortigas, jaramagos y otras pequeñas plantas de que estaba cubierta. La hermosa luz del claro día bañó al mismo tiempo aquella extremidad de la gruta.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Silveria, y, saltando alborozada, se encontró en un abandonado é inculto jardincillo, cercado de muy altas murallas, sin ventana alguna.

Sólo divisó, junto á un ángulo de aquel cuadrado recinto, un pequeño arco ojival, y bajo el arco las primeras gradas de una angostísima escalera de caracol.

A escape pasó ella bajo el arco y subió por la escalera hasta una puertecilla, cerrada con llave, en que la escalera terminaba.

A pesar de las penalidades y emociones de la aventurada peregrinación, Silveria estaba preciosa de beldad, en su mismo desorden. La rubia cabellera, medio destrenzada y caída; las mejillas, rojas con la agitación; el pecho, levantándose con fuertes latidos, y los ojos, con más brillantez que de ordinario, por leve cerco morado con que la fatiga le había teñido los párpados, al borde de las largas y sedosas pestañas.

Impaciente y contrariada Silveria por el obstáculo que se le ofrecía, golpeó la puertecilla con furor, sacudiendo sobre ella, con la pequeña y linda mano que parecía inverosímil que tamaña fuerza tuviera, los más desaforados y resonantes puñetazos.

Tardaron en abrir, y creció su impaciencia. Volvió á golpear. Luego recordó la evocación, y empezó á recitarla gritando:

—Acude, acude, Hechicero...

No tuvo tiempo para concluirla. La puertecilla se abrió de súbito, de par en par, y Silveria vió delante á su poeta, lleno del mismo júbilo que ella sentía.

Lanzó Silveria alrededor una rápida mirada, y reconoció la sala del castillo donde escribía Ricardo, y donde ella le había visitado tantas veces.

Quiso entonces, por gracia, repetir la evocación, y empezó á decir nuevamente:

—Acude, acude, Hechicero...

Pero tampoco pudo terminar.

Ricardo le selló la boca con un beso prolongadísimo y la ciñó apretadamente entre los brazos para que ya no se le escapase.

Ella le miró un instante con lánguida ternura, y cerró después los ojos como en un desmayo.

Los pájaros, las mariposas, las flores, las estrellas, las fuentes, el sol, la primavera con sus galas, todas las pompas, músicas, glorias y riquezas del mundo, imaginó ella que se veían, que se oían y que se gozaban, doscientas mil veces mejor que en la realidad externa, en lo más íntimo y secreto de su alma, sublimada y mirificamente ilustrada en aquella ocasión por la magia soberana del Hechicero.

Silveria le había encontrado, al fin, propicio y no contrario. Y él, como merecido premio de la alta empresa, tenaz y valerosamente lograda, hacía, en favor de Silve-

ria y de Ricardo, sus milagros más beatíficos y deseables.

No nos maravillemos, pues (y hasta válganos lo expuesto para disculpar á Silveria y al poeta), de que no fuesen, sino tres horas más tarde, á ver al Indiano y á su mujer, y á sacarlos de la angustia en que vivían.

Indescriptibles fueron la satisfacción y el contento de ambos cuando volvieron á ver sana y salva á su hija, y asimismo se enteraron de que, sin necesidad de ir á la cercana aldea ni á ninguna otra población, como la madre pretendía, sino en el centro de aquellas esquivas soledades, Silveria había hallado novio muy guapo, según su corazón, conforme con su gusto, y con aptitud y capacidad, harto probadas, para toda poesía y aun para toda prosa.

Ojalá que cuantos busquen con inocencia y con buena fe al Hechicero, le hallen tan benigno como

le hallaron Silveria y Ricardo, y le conserven la vida entera en su compañía, como le conservaron ellos.

En Austria florecen hoy muchas escritoras y poetisas. Descuella entre todas una elegante, joven y bella dama de la aristocracia, llamada la Condesa Cristiana de Thun. Ha compuesto novelas y dramas, con razón aplaudidos. En un tomo de cuentos suyos, titulado Lo que contó la abuela, *hay una narración que me agradó mucho. Tomé en la memoria el argumento, y, con ligeras variantes, le di nueva forma y le escribí con mi estilo. Tal es el cuento de* El Hechicero.

Si mis lectores no gustan de él, será, de seguro, porque yo no he acertado a darle el candor que le dió la Condesa y le he hecho perder su seductora ingenuidad.

El Bermejino prehistórico

ó

Las Salamandras azules.



EL BERMEJINO PREHISTÓRICO

ó

Las Salamandras azules.

I

Siempre he sido aficionado á las ciencias. Cuando mozo tenía yo otras mil aficiones; pero como ya soy viejo, la afición científica prevalece y triunfa en mi alma. Por desgracia ó por fortuna me sucede algo de muy singular. Las ciencias me gustan en razón inversa de las verdades que van demostrando con exactitud. Así es que apenas me interesan las ciencias exactas, y las inexactas me enamoran. De aquí mi inclinación á la filosofía.

No es la verdad lo que me seduce, sino el esfuerzo de discurso, de sutileza y de imaginación que se emplea en descubrir la verdad, aunque no se descubra. Una vez la verdad descubierta, bien demostrada y patente, suele dejarme frío. Así un mancebo galante, cuando va por la calle en pos de una mujer, cuyo andar airoso y cuyo talle le entusiasman, y luego se adelanta, la mira el rostro, y ve que es vieja, ó tuerta, ó tiene hocico de mona.

El hombre además sería un mueble si conociera la verdad, aunque la verdad fuese bonita. Se aquietaria en su posesión y goce y se volvería tonto. Mejor es, pues, que sepamos pocas cosas. Lo que importa es saber lo bastante para que aparezca ó se columbre el misterio, y nunca lo bastante para que se explique ó se aclare. De esta suerte se excita la curiosidad, se aviva la fantasía y se inventan teo-

rías, dogmas y otras ingeniosidades, que nos entretienen y consuelan durante nuestra existencia terrestre; de todo lo cual careceríamos, siendo mil veces más infelices, si de puro rudos no se nos presentase el misterio, ó si de puro hábiles llegásemos á desentrañar su hondo y verdadero significado.

Entre estas ciencias inexactas, que tanto me deleitan, hay una, muy en moda ahora, que es objeto de mi predilección. Hablo de la prehistoria.

Yo, sin saber si hago bien, divido en dos partes esta ciencia. Una, que me atrevería á llamar prehistoria geológica, esta fundada en el descubrimiento de calaveras, canillas, flechas y lanzas, pucheretes y otros cacharros, que suponen los sabios que son de una edad remotísima, que llaman de piedra. Esta prehistoria me divierte menos, y tiene, á mi ver, muchísimos menos lances que otra

prehistoria que llamaremos filológica, fundada en el estudio de los primitivos idiomas y en los documentos que en ellos se conservan escritos. Esta es la prehistoria que á mí me hace más gracia.

¡Qué variedad de opiniones! ¡Qué agudas conjeturas! ¡Con qué arte se disponen y ordenan los hechos conocidos para que se adapten al sistema que forja cada sabio! Ya toda la civilización nace de Egipto; ya de los acadies en el centro del Asia; ya viene de la India; ya de un continente que llaman Lemuria, hundido en el seno del mar, al Sur, entre África y Asia; ya de otro continente, que hubo entre Europa y América, y que se llamó la Atlántida.

Sobre el idioma primitivo, así como sobre la primitiva civilización, se sigue disputando. Hasta se disputa sobre si fué uno ó fueron varios los idiomas: esto es, sobre si los hombres empezaron á dis-

perdarse por el mundo *alalos,* ó digamos, sin habla aún, y en manadas, y luego fueron inventando diversos idiomas en diversos puntos, ó sobre si antes de la dispersión hablaban ya todos una sola lengua.

Mi prurito de curiosear me induce á leer cuantos libros nuevos van saliendo sobre esta materia, que no son pocos; y mientras más desatinados son, miradas las cosas por el vulgo de los timoratos, más me divierten los tales libros.

En estos últimos días los libros que he leído van en contra de los arios, de los egipcios, de los semitas y de otras naciones y castas, que antes pasaban por las civilizadoras en grado superior. Si los libros antiguos han sostenido que la civilización, como la luz solar, se difundió de Oriente hacia Occidente, estos nuevos libros afirman que se difundió en sentido inverso, de Occidente hacia Oriente. Todo el saber de los magos de Irán y de

Caldea, de los brahmanes de las orillas del Ganges, de los sacerdotes de Isis y Osiris, de los iniciados en Samotracia y de los pueblos de Fenicia y Frigia, no vale un pito, comparado al saber de ciertos galos primitivos, cuyo centro de luz estuvo en un París prehistórico.

Los galos y sus bardos y druidas, poetas y sacerdotes, lo enseñaron todo; pero su misma ciencia era ya reflejo confuso y recuerdo no completo de la ciencia que poseyeron, en el centro del país fértil y hermoso que hoy se llama Francia, antes de la venida de los celtas, otros hombres más primitivos y excelentes que llamaremos hiperbóreos ó protoscitas.

Pero ¿qué lengua hablaban estos protoscitas ó hiperbóreos, cuyo centro y foco civilizador fué un París de hace seis ó siete mil años lo menos? Hablaban la lengua eúskara, vulgo vascuence. ¿De dónde habían venido? Habían venido de

la Atlántida, que se hundió. ¿Qué conocimientos tenían? Tenían todos los conocimientos que hoy poseemos y muchos más que se han ofuscado por medio de fábulas y de otras niñerías. Así, pues, los arimaspes, que tenían un ojo solo y miraban al cielo, eran los astrónomos de entonces, que ya conocían el telescopio; y la flecha en que Abaris iba cabalgando de un extremo á otro de la tierra, era el globo aerostático ó un artificio para volar con dirección y brújula, etc., etc., etc. Ya se entiende que la época de los arimaspes y la de Abaris son de decadencia para la civilización hiperbórea.

Confieso que todo este sistema me encantó. No es mi propósito exponerle aquí. Paso volando sobre él, y voy á mi asunto.

Digo, no obstante, que me encantó por dos razones. Es la primera lo mucho que Francia me agrada. ¿Cuánto más natural es que el ger-

men de la civilización europea haya nacido y florecido desde antiguo en aquel feraz y riquísimo jardín, en aquel suelo privilegiado, que no en la Mesopotamia ó en las orillas del Nilo? Y es la segunda razón, la de que tengo amigos guipuzcoanos, que habrán de alegrarse mucho, si se prueba bien que su lengua y su casta fueron el instrumento de que se valió la Providencia para acabar con la barbarie, iluminar el mundo y adoctrinar á las demás naciones.

¡Cuánto se holgará de esto, si vive aún, como deseo, mi docto y querido amigo D. Joaquín de Irízar y Moya, que ha escrito obras tan notables sobre la lengua vascuence, echando la zancadilla á los Erros, Larramendis y Astarloas! Algo aprovechará él de las flamantes invenciones para dar más vigor á su sistema, arreglándole de suerte que se ajuste y cuadre con la más perfecta ortodoxia católica.

Sea como sea, para mí es evidente que antes de que penetraran en España los celtas, los fenicios, los griegos y otras gentes, hubo en España un pueblo civilizado, que llamaremos los iberos. Este pueblo se extendía por toda nuestra Península, y aun tenía colonias en Cerdeña, en Italia y en otras partes, como Guillermo Humboldt lo ha demostrado. Eran vascos y hablaban la lengua eúskara. La nación y estado más culto é ilustre entre ellos fué la república de los turdetanos, quienes, según testimonio de Estrabón, tuvieron letras y leyes y lindos poemas en verso, que contaban seis mil años de antigüedad. Ahora bien; los alfabetos celtibérico y turdetano, que ha reconstruido y publica D. Luis José Velázquez, son muy modernos en comparación de la fecha anteriormente citada. Dichos alfabetos son un trasunto del fenicio ó del griego, y debe suponerse, por lo tanto,

que antes de la venida á España de griegos y de fenicios, los turdetanos tuvieron alfabeto propio, con el cual escribieron sus poemas y demás obras.

A mi ver, el Sr. D. Manuel de Góngora y Martínez ha tenido la gloria de descubrir este alfabeto. Véanse las inscripciones que copia en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, de la *Cueva de los letreros* y de otras cuevas y escondites, algunos de los cuales se hallan cerca del lugar de Villabermeja, lugar que yo he tratado de hacer famoso, así como á su más conspicuo habitante el señor D. Juan Fresco.

A corta distancia de Villabermeja hay un sitio que apellidan el Laderón, donde cada día se descubren vestigios y reliquias de una antiquísima y floreciente ciudad.

El erudito y sagaz anticuario D. Aureliano Fernández Guerra prueba que allí estuvo Favencia,

en tiempo de los romanos, ciudad que, desde época muy anterior, se llamaba Vesci.

D. Juan Fresco, excitada su curiosidad y estimulada su actividad infatigable, desde que el Sr. Góngora, publicando en 1868 sus *Antigüedades,* le puso sobre la pista, se ha dado á buscar letreros en *Cuevas escritas* y en otros monumentos que hay cerca de Vesci, y los ha hallado y reunido en mucha copia.

Emulo de Champollion-Figeac, Anquetil-Duperron, Burnouf, Grotefend, Oppert y Lassen, mi referido amigo D. Juan Fresco cree haber descifrado estos garrapatos ibéricos primitivos, como aquellos otros sabios, los hieroglíficos, la escritura cuneiforme y demás reconditeces.

Yo no intento abogar aquí por el descubrimiento de mi tocayo y paisano, y demostrar que es evidente. Esto ya lo hará él en su día.

Yo voy á limitarme á referir una historia que D. Juan Fresco dice haber leído en ciertas inscripciones semejantes á las de la *Cueva de los letreros*. Entendidas las letras, parece que lo demás es llano, pues el idioma ibero primitivo es casi el vascuence de ahora.

Me pesa de no dar aquí la traducción exacta del texto original. D. Juan Fresco no ha querido comunicármela. Haré, pues, la narración con las pausas, explicaciones y comentarios intercalados que él la ha hecho. De otro modo, no se comprendería.

La historia es relativamente moderna; pues, según mi amigo, todavía han de descubrirse leyendas é historias en lengua protoibérica, más antiguas y venerables que el poema egipcio de Pentaur sobre una hazaña de Sesostris ó Ramsés II, y que los poemas hallados por nuestro conocido el diplomático Sr. Layard en la bi-

blioteca de Asurbanipal en Nínive: poemas ya arcáicos ocho siglos antes de Cristo, y traducidos los más de la lengua sagrada de los acadios, entonces tan muerta como el latín ahora entre nosotros.

Y esto no debe maravillarnos, porque, según Roisel, en *Los Atlantes,* toda cultura viene de éstos, antes de que la hubiera en Caldea, en Asiria, en Egipto ó en punto alguno de Oriente.

Es una lástima que no tengamos aún documentos del siglo de oro ó de los siglos de oro de la literatura atlántica parisina, de hará unos ocho mil años, ni de la emanación bética de aquella cultura, implantada á orillas del Guadalquivir por los turdetanos.

El documento hallado, descifrado, explicado y comentado por D. Juan Fresco, es de época relativamente fresca: como si dijéramos de ayer de mañana. Ya la cul-

tura ibérica indígena había decaido, y España se veia llena de colonias fenicias y aun griegas. Los de Zazinto habian ya fundado á Sagunto, y hacia más de un siglo que habian fundado los tirios á Málaga, Abdera, Hispalis y Gades. Era por los años de 1000, antes de nuestra era vulgar, sobre poco más ó menos.





II

Vesci era una ciudad importante de la confederación de los túrdulos. En el tiempo á que nos referimos, los vescianos tenían ya la misma calidad que á sus des-

cendientes del día les ha valido el dictado de bermejinos: casi todos eran rubios como unas candelas. Descollaba entre todos, así por lo rubio como por lo buen mozo y gallardo, el elegante y noble mancebo Mutileder. Disparaba la honda con habilidad extraordinaria y mataba á pedradas los aviones que pasaban volando; montaba bien á caballo; guiaba como pocos un carro de guerra; sabía de memoria los mejores versos turdetanos y los componía también muy regulares; con un garrote en la poderosa diestra era un hombre tremendo; con las mujeres era más dulce que una arropía y más sin hiel que una paloma; corría como un gamo; luchaba á brazo partido como los osos, y poseía otra multitud de prendas que le hacían recomendable. Casi se puede asegurar que su único defecto era el de ser pobre.

Mutileder, huérfano de padre y

madre, no tenía predios urbanos ni rústicos, vivía como de caridad en casa de unos tíos suyos, y en Vesci no sabía en qué emplearse para ganarse la vida. Era un señor, como vulgarmente se dice, sin oficio ni beneficio.

Frisaba ya en los veinticuatro años, y harto de aquella vida, y ansiando ver mundo, pidió la bendición á sus tíos, quienes se la dieron acompañada de algún dinero, y tomando además armas y caballo, salió de Vesci á buscar aventuras y modo de mejorar de condición.

Como Mutileder tenía tan hermosa presencia, y era además simpático y alegre, por todas partes iba agradando mucho. Los sujetos de suposición y campanillas le convidaban á bailes y fiestas, y las damas más graciosas y encopetadas le ponían ojos amorosos; pero él era bueno, pudibundo é inocentón, y nada útil sacaba de

todo esto. El dinero que le dieron sus tíos se iba consumiendo, y no acudía nuevo dinero á reemplazarle.

Así, deteniéndose en diferentes poblaciones, como, por ejemplo, en Igabron; pasando luego el Síngilis, hoy Genil; entrando en la tierra de los turdetanos, y parando también en Ventipo, llegó á un lugar de los bástulos que se llamaba entonces Aratispi, y que yo sospecho que ha de ser la Alora de nuestros tiempos, tan famosa por sus *juegos llanos.* Allí tenía Mutileder una prima, que era un sol de belleza, con diez y ocho años de edad, y más rubia que él, si cabe. Esta prima se llamaba Echeloría. Su padre, viudo y muy rico, la idolatraba.

Mutileder y Echeloría eran de casta ibera purísima, sin mezcla alguna de celtas ni de fenicios. Sus familias, ó mejor diré su familia, pues era una misma la de ambos, se jactaba, no sin fundamento, de

descender de los primitivos atlantes, que habían emigrado muchos siglos hacía, cuando se hundió en el mar la Atlántida, y que, yendo unos por mar siempre, habían llevado á Egipto la cultura, mucho antes de la civilizadora expedición de Osiris, mientras que otros, conocidos después con el nombre de hiperbóreos, desembarcando en Francia, habían difundido la luz y fundado florecientes Estados, caminando hacia Oriente hasta más allá de las montañas Rifeas, é influyendo, por último, en el despertar á la vida política y culta de los arios y de los semitas.

En suma, Echeloría y Mutileder eran dos personas ilustres y dignas de serlo por su mérito.

Apenas se vieron se amaron... ¿Qué digo se amaron? Se enamoraron perdidamente el uno de la otra y la otra del uno.

El padre de Echeloría, que no tenía nada de lerdo, notó en se-

guida el amor de la muchacha y procuró acabar con él, porque el primito no poseía otro patrimonio que su apasionado corazón; pero Echeloría estaba prendada de veras, y el padre, que en el fondo era un bendito, se avino y se resignó al cabo á que Mutileder aspirase á ser su yerno.

Ambos amantes se juraron eterna fidelidad. «Antes morir que ser de otro», dijo ella. «Antes morir que ser de otra», respondió él. Y esta promesa se hizo repetidas veces y se solemnizó y corroboró con los juramentos más terribles.

Después de esto, ¿qué remedio había sino casar cuanto antes á los primos novios? Así lo resolvió el padre, y se empezaron á hacer los preparativos para la boda, que debía verificarse en el próximo otoño.

Era ya el fin de la primavera, y en aquellas edades antiquísimas sucedía lo propio que ahora, que á la primavera seguía el verano.

Aratispi era lugar más bonito que lo es Alora al presente. En torno había, como hay aún, fértiles huertas y frondosos y siempre verdes bosques de naranjos y limoneros; pero los cerros que limitaban aquel valle amenísimo, en vez de estar pelados, como ahora, estaban cubiertos de encinas, alcornoques, algarrobos, castaños y otros árboles, entre cuyos troncos y á cuya sombra crecían brezos, helechos, tomillo, mejorana, mastranzo y otras plantas y hierbas olorosas.

Era tal entonces la generosidad de aquel suelo, que las palmas enanas, que hoy suelen cubrirle y que apenas sirven para más que para hacer escobas y esportillas, se alzaban á grande altura, mientras que las crestas más empinadas de los montes, calvas ahora, se veían cubiertas de una verde diadema de abetos, de pinos y de cipreses.

A pesar de todo, fuerza es confe-

sar que en verano hacía entonces en Aratispi un calor de todos los demonios.

Echeloría quiso, con razón, tomar algunos baños de mar, y su padre la llevó á un puerto muy bonito, cerca de Málaga, que D. Juan Fresco y yo calculamos que debió de ser Churriana.

Naturalmente, Mutileder fué á Churriana también, acompañando á su futura.

Los primos estaban como dos tortolitas, arrullándose siempre. Mientras más miraba él á Echeloría, más linda y angelical la encontraba y más melifluo se ponía con ella. Y mientras más miraba Echeloría á Mutileder, mayor número de perfecciones y de excelencias hallaba en él.

Pues no digamos nada, porque sería cuento de nunca acabar, de la mutua admiración que nacía en ambas almas al considerar el talento ó la habilidad del objeto de

su amor. Cada pedrada que tiraba Mutileder mataba un pajarillo, y partía el corazón de Echeloría, á fuerza de entusiasmo. Y Echeloría, por su parte, á más de encantar á Mutileder con los cantares que sabía entonar, le había hecho una honda de pita, tan llena de sutiles y primorosas labores, que él se quedaba horas enteras embobado contemplando la honda.



Los dos enamorados gozaban de la más completa libertad y se iban solos de paseo por aquellos vericuetos y andurriales; ya por la orilla del resonante mar; ya por los encinares y olivares que vestían aquellos alcores; ya por los verje-

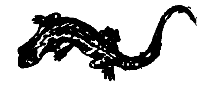
les, sotos y alamedas del valle, regado por un riachuelo cristalino. Pero uno y otro eran tan como Dios manda, que á pesar de lo mucho que se querían, no se propasaron nunca á otra cosa sino á estrecharse afectuosamente las manos, y una ó dos veces á lo mas, á consentir ella en recibir un casto beso en la tersa y cándida frente, y á lograr él estamparle.

La suma virtud y exquisita delicadeza de estos primos lo ponía todo en reserva para el día dichoso en que la religión y las leyes consagrasen su unión indisoluble.

Entre tanto, se decían doscientas mil ternuras á cada momento. «Tu nombre es un sello que he puesto sobre mi corazón», exclamaba Echeloría. «Mi corazón es tuyo para siempre: antes dejará de latir que de amarte á ti sola», contestaba Mutileder.

En estos coloquios se pasaban las horas, y de continuo estaban

juntos ambos amantes, menos cuando Echeloría se retiraba á dormir al lado de su anciana nodriza y en estancia muy resguardada, ó bien cuando iba á la playa á bañarse; pues entonces, á fin de evitar el qué dirán y las murmuciones, Mutileder no se bañaba con ella, tal vez por no usarse aún trajes de baño tan complicados y encubridores de las formas como los que se llevan ahora en Biarritz y en otros sitios.





III

Málaga era ciudad fenicia de mucho comercio. Casi competía con Cádiz. Su puerto estaba lleno de naves tirias, pelasgas, griegas y etruscas. En sus tiendas se vendían mil primores traídos de leja-

nos países: telas de lana, teñidas de púrpura en Tiro; joyas de oro, hechas en Menfis, en Sais y en otras ciudades egipcias, piedras preciosas y tejidos de algodón del Indostán; alfombras de Persia, y hasta sedería del casi ignorado país de los seras.

Echeloría fué á Málaga varias veces, con su padre y con su novio, á recorrer dichas tiendas y á comprar galas para el suspirado día del casamiento.

Hallábase á la sazón en Málaga uno de los más audaces y sabios marinos que había entonces en el mundo: el célebre Adherbal.

Acababa de hacer una navegación felicísima, y su nave se parecía, anclada en el puerto, cargada de estaño, ámbar, hierro, pieles de armiños y de castores, y otros objetos de valor que él había ido á buscar á las costas de Francia, Inglaterra y otras regiones del Norte de Europa, adonde sólo los

fenicios se aventuraban á llegar en aquella época.

Adherbal pensaba volver pronto á Tiro; pero antes debía tomar en Malaga cobre, vino, azogue y oro en polvo de las arenas de nuestros ríos, dejando allí en cambio parte de su cargamento.

Paseando un día por el muelle vió Adherbal á Echeloría, y al verla juró por Melcart y por Astoret, como si dijéramos por Hércules y por Venus, que jamás había visto criatura más linda y salada. Ganas tuvo de llegarse de súbito á la muchacha y de soltarle el pavo, esto es, de decirle sin ceremonia sus atrevidos pensamientos; pero Mutileder iba al lado de ella, mirando receloso á todas partes, con la barba sobre el hombro, en actitud desconfiada y hostil, y blandiendo un enorme y fiero garrote.

La prudencia refrenó los ímpetus del marino fenicio. Bastaba

ver de refilón á Mutileder para hacerse cargo de que era capaz de deslomar á cualquiera de un garrotazo si llegaba á descomponerse un poco con la hermosa y cándida Echelería.

Adherbal, como queda dicho, era prudente, pero era obstinado también, emprendedor y ladino. Echelería no produjo en él una impresión fugaz y ligera, sino profunda y durable. Así fué que determinó averiguar quién era y dónde vivía, y lo consiguió con discreción y recato.

Dos ó tres veces fué después á caballo á Churriana con disimulo, y volvió á ver á la niña, quedando cautivo de su singular donaire.

Por último, por medio de personas listas del país, se informó de la vida de Echelería, supo que iba á casarse con Mutileder, y no quedó pormenor de que no llegase á tener cabal noticia.

Con estos elementos formó Adherbal un plan diabólico, el cual le salió bien, como por desgracia salen bien casi todos los planes diabólicos.

Una mañana muy temprano levó anclas su nave y zarpó del puerto de Málaga, después de despedirse él para Tiro. Fuera ya la nave del puerto, se quedó, muy cerca de la costa, hacia el Oeste, dando bordeadas como para ganar mejor viento. Así transcurrieron algunas horas, hasta que llegó aquella en que la gentil Echeloría bajaba á bañarse en la mar. Entonces saltó Adherbal en una lancha ligerísima con ocho remeros pujantes y otros dos hombres de la tripulación, grandes nadadores y buzos, y de los más ágiles y devotos á su persona. Con la lancha se acercó cautelosamente, ocultándose en las sinuosidades de la costa y al abrigo de las peñas y montecillos, hasta que llegó cerca del lugar

donde Echeloría se bañaba, creyéndose segura y con el más completo descuido Los nadadores se echaron entonces al agua, zambulleron, surgieron de improviso donde Echeloria estaba bañándose, se apoderaron de ella á pesar



de sus gritos, que pronto terminaron en desmayo causado por el susto, y en aquella disposición, hermosa é interesante como una ondina, se la llevaron á la lancha, donde Adherbal la recibió en sus brazos, y luego la condujo á bordo de su nave. Esta desplegó al punto

todas sus velas, y aprovechándose de un viento fresco de Poniente que acababa de levantarse, no corría, sino que volaba sobre las ondas azules del Mediterráneo.

Varias muchachas que se bañaban con Echeloría huyeron con espanto de aquella zalagarda, y, saltando en tierra, alarmaron con sus gemidos y sollozos á la nodriza, que estaba en éxtasis y de nada se había percatado. En cambio, apenas se enteró de lo ocurrido, se extremó en hacer muestras de su dolor. Allí fué el mesarse las venerables canas, el revolcarse por el suelo y el dar tan formidables chillidos, que Mutileder, aunque estaba lejos, acudió al sitio, oyéndolos. El infeliz amante supo entonces toda la enormidad de su infortunio, mas demasiado tarde por desgracia. La nave del raptor se percibía aún, pero lejos, y navegando con tal rapidez, que pronto iba á perderse detrás de la com-

ba que forma el mar, marcando una curva de azul profundo en el cielo más claro.

El furor de Mutileder fué indescriptible, aunque á nada conducía. Ni siquiera supo á punto fijo el infeliz amante quién había sido el raptor, por más que sospechase de aquel marino que en Málaga había puesto en Echeloría los lascivos y codiciosos ojos.

Estos raptos de mujeres eran frecuentísimos en aquellas edades heroicas, y habían dado ya y debían seguir dando ocasión á no pocos disturbios y guerras. Los fenicios habían robado á Io, hija de Inaco; los griegos habían robado á Europa de Fenicia, á Medea de Colcos y á Ariadna de Creta, y, por último, un príncipe frigio había robado á la bella Helena, mujer del rey de Esparta, Menelao, motivando así una lucha larga y mortífera, y al cabo la destrucción de Troya.

D. Juan Fresco explica, á mi ver, de un modo satisfactorio estos raptos de mujeres. Supone que la mujer, por lo mismo que su belleza es tan delicada, no se cría naturalmente. Lo único que se cría es la hembra del hombre. La verdadera mujer es producto artificial, que resulta de grande esmero y cuidado y de exquisito y alambicado cultivo. De aquí la rareza entonces de la verdadera mujer y el mágico y portentoso efecto que producía en el alma de guerreros bárbaros y briosos, avezados á ver hembras solamente.

Cuando los hombres se recobraban de su pasmo, volvían á hacer á la mujer de peor condición que al esclavo más humilde; pero, en ocasiones, una mujer bien lavada, cuidada y compuesta, infundía amor ferviente, frenético entusiasmo y cierta adoración como si fuese algo divino. De aquí las patrañas ó *mitos* de las hadas y encan-

tadoras como Circe y Calipso, que convertían á los hombres en bestias; la *ginecocracia*, esto es, el imperio de la mujer, establecido en muchas partes, como en el país de las Amazonas y en la Arabia Feliz; y el omnímodo influjo, ora funesto, ora útil, que ejercieron algunas damas en los varones más crudos y valerosos, como Onfale en Hércules, Dálila en Sansón, Betsabé en David, Egeria en Numa y Judit en Holofernes. De aquí, por último, que ganasen tanto crédito las sibilas, las pitonisas y las druidisas; todo ello, sin duda, porque cuidaban más de sus personas y lograban pulir y descubrir la escondida hermosura, invisible por lo general en la hembra por falta de pulimento y aseo.

Además, el entender la hermosura y el afanarse por lograrla, hacían hermosa á la mujer. Hoy, mucho de esta cualidad, domeñada ya la naturaleza rebelde, suele

transmitirse por herencia; pero en los tiempos heroicos, la hermosura era como inspirada creación que la mujer artista realizaba en su propio cuerpo á fuerza de esmerarse. Todavía, cinco siglos después de la época en que ocurre nuestra historia, asombran el estudio, la prolijidad y los preparativos minuciosos de que se valían las mujeres para presentarse de una manera digna. A fin de agradar al rey Asuero, que buscaba reina, después de repudiada Vastí, se pasaban las chicas un año entero frotándose con linimentos y pomadas, sahumándose, lavándose, perfilándose y acicalándose. En el día, con una hora de preparación bastaría para presentar ante el sibarita más refinado á la mas ruda de las campesinas, prueba irrefragable de que lo adquirido por arte y educación se transmite de madres á hijas. Verdad es que, en cambio, la naturaleza es menos

dúctil ahora, y la hotentota, aunque se friegue y se adobe más que las que iban á presentarse á Asuero, hotentota permanece; de donde, sin duda, el refrán que dice: "Aunque la mona se vista de seda, mona se queda."

Dejemos, no obstante, refranes y digresiones á un lado, y prosigamos nuestro cuento.

Echelorîa, por naturaleza y por arte, por herencia y por conquista, era un primor. Y Mutileder, que con razón la adoraba, no la lloró perdida, con femenil amargura, sino que, agitando su garrote y haciendo crujir la honda con chasquidos estruendosos, juró buscar á su amada, librarla del raptor y vengarse de éste, descalabrándole de una buena pedrada ó moliéndole á palos.

Cuenta la historia que Mutileder, en el instante de hacer aquel juramento, estaba tan hermoso, que no podía ser más. Sus ojos azu-

les, dulces de ordinario, lanzaban centellas luminosas; su afilada y recta nariz, hinchada por la cólera, mostraba muy dilatadas las ventanillas; las cejas, frunciéndose en el centro, daban mayor majestad á su frente; la boca entreabierta dejaba ver unos dientes blancos, iguales y firmes, y sana frescura y vivo color de carmín en encías y lengua. Su cabeza, echada atrás con arrogancia y destocada, lucía copiosa y rubia cabellera, que flotaba en rizos graciosos á merced de la brisa; sus piernas y sus brazos desnudos, contraída entonces la musculatura por la energía de la actitud, daban envidia á los de Hércules mancebo. Todo en Mutileder era beldad, elegancia, brío y donosura. Su voz, alterada por la pasión, penetraba en los corazones, aunque sus palabras no se entendiesen.

En aquel instante, ¡oh fuerza del destino!, acertó á pasar por allí la

graciosa y distinguida Chemed, que en fenicio significa *belleza*, la viuda más coqueta y caprichosa que había en Málaga. Su marido la había dejado joven y con muchos bienes de fortuna. Ella seguía con la casa de comercio de su marido, bajo la razón insocial de *la viuda Chemed*. En aquella ocasión volvía de solazarse de una quinta que tenía en Churriana.

Seis atezados etíopes la llevaban en silla de manos, y dos escuderos, una dueña y cuatro pajecillos egipcios la acompañaban también para más autoridad y decoro.

Chemed oyó á Mutileder, le miró y se maravilló; volvió á mirarle, y se quedó más maravillada. Entonces dijo para sí: "Divinos cielos, ¿qué es lo que miro? ¿Será éste dios ó será mortal? ¿Resplandecería más Adonis cuando Astoret se prendó de él?„

Pero, prosiguiendo su soliloquio de preguntas, Chemed prosiguió

también su camino, sin interrogar al mancebo, que parecía estar furioso, y sin atreverse siquiera á pararse y á bajar de la silla de manos en medio de gente extraña, cuya lengua no entendía, porque hablaban el ibero, que, como ya queda dicho, era lo que se llama hoy el vascuence. Si Chemed hubiera sabido que Mutileder hablaba corrientemente el fenicio, como en efecto le hablaba, sin duda que se hubiera detenido; pero, no sabiéndolo ni sospechándolo, Chemed pasó de largo.





IV

Luego que Mutileder echó sapos y culebras por la boca y se desahogó cuanto pudo, acudió á dar á su presunto suegro la mala noticia del rapto, y á consolarle, si cabía consuelo en tamaño dolor.

Para evitar prolijidad no se po-

nen aquí las lamentaciones que hicieron ambos á dúo. Lo que importa saber es que Mutileder y su suegro, después de maduro examen, reconocieron que era inútil quejarse del rapto á las autoridades de Málaga, las cuales no les harían caso, ó si les hacían caso, nada podrían contra un marino tan mimado en Tiro, como Adherbal lo era. A cualquiera exhorto, que los sufetes ó jueces de Málaga enviasen contra Adherbal, era evidente que los sufetes tirios habían de dar carpetazo, haciendo la vista gorda. No había más recurso que resignarse y aguantarse, ó tomar la venganza y la satisfacción por la propia mano. Esto último fué lo que decidió Mutileder con varonil energía.

Se despidió de su presunto suegro, y sin pensar en recursos pecuniarios ni en nada que lo valiese, se fué á Málaga á tomar lenguas, á cerciorarse de que era Adherbal

el raptor, como ya lo sospechaba, y á buscar modo de irse á Tiro en la primera nave que para Tiro saliese, á fin de arrancar á Echeloría del cautiverio ó secuestro en que estaba y de hacer en Adherbal un ejemplar y justo castigo.

En medio de todo, Mutileder sentía cierto consuelo. Pensaba en que Echeloría habia jurado serle fiel ó morir, y daba por seguro que moriría antes que faltar á su promesa. Él mismo había hecho igual juramento, y se sentía con la suficiente firmeza para cumplirle.

Con estas ideas en la mente y con el bizarro propósito de irse á Tiro cuanto antes, recorrió Mutileder las calles de Málaga hasta que empezó á anochecer. Todas las noticias que adquirió le confirmaron en que era Adherbal el raptor de Echeloría. En lo que no adelantó mucho fué en concertarse con algún patrón de buque que saliese pronto y le llevase para Fenicia.

Llegó la noche, como queda apuntado, y ya Mutileder se retiraba á su posada, cuando sintió que le tiraban suavemente de la capa por detrás. Volvió el rostro, y vió á un pajecillo egipcio que le dijo:

—Señor Mutileder, sígame vuestra merced, que hay persona que desea hablarle sobre asuntos que le interesan.

—¿Y quién puede ser esa persona?—contestó él.—Yo, en Málaga, no conozco á nadie.

Entonces replicó el pajecillo:

—Aunque vuestra merced no conozca á esta persona, esta persona le conoce. Hoy, de mañana, pasó junto al lugar del rapto protervo, y oyó y vió á vuestra merced cuando de él se lamentaba. La persona es compasiva y excelente, y se enterneció. Ha tomado informes sobre todo lo ocurrido, y su enternecimiento se ha hecho mayor. Desea remediar el mal de vuestra merced, con quien le importa con-

ferenciar en seguida. ¿Quiere vuestra merced seguirme?

Mutileder no halló motivo razonable para decir que no, y siguió al pajecillo.

Siguiéndole por calles y callejuelas, que atravesaron rápidamente, llegó nuestro héroe protobermejino á una puertecilla falsa y cerrada, en el extremo de un callejón sin salida.

El paje aplicó una llave á la cerradura, le dió dos vueltas, y la puerta se abrió sin ruido. Entró el paje, y le siguió Mutileder.

Cerró el paje la puerta de nuevo, y quedaron él y nuestro amigo en la más completa obscuridad. El paje asió de la mano á Mutileder, y le guió por las tinieblas. Al cabo de poco tiempo vieron luz y una linterna que estaba en el suelo. La tomó el paje, y, ya con ella, alumbró á Mutileder, y mostrándole el camino, le dijo que le siguiera. Subieron ambos por una estrecha y

larga escalera de caracol: llegaron luego á otra puertecilla; la abrió el paje; levantó un tapiz que había detrás, y él y Mutileder penetraron en una sala espaciosa y bien iluminada.

El paje entonces se escabulló sin saber cómo, y Mutileder se encontró frente á frente de una anciana y venerable dueña, la cual, con voz meliflua, le dijo:

—Sígueme, hermoso.

Y Mutileder la siguió, algo ruborizado del intempestivo requiebro.

No refiero aquí, porque estoy de prisa, y no debo ni puedo pararme en dibujos, los primores estupendos, las alhajas rarísimas, los lindos objetos de arte y los cómodos asientos y divanes que había en varias salas por donde iban pasando la dueña y nuestro héroe, que atortolado la seguía. Baste saber que allí se veía reunido de cuanto había podido inventar el lujo asiático de entonces y de cuan-

to la activa solicitud de los navegantes fenicios había podido traer de todas las comarcas á que solían ellos aportar, desde las bocas del Indo hasta las bocas del Rhin, puntos extremos de sus *periplos* ó navegaciones.

Lo que sí diré es que, si una sala era lujosa, otra lo era más, y que el primor iba en aumento conforme se pasaban salas. Maravilloso silencio y sosiego apacible reinaban en todas ellas. No se veía ni un alma. Soledad y dulce misterio. Rica y leve fragancia de perfumes sabeos impregnaba el tibio ambiente.

—¿Qué será esto?,—decía Mutileder para su coleto. ¿Dónde me llevará esta buena señora?

Y la admiración y la duda se pintaban en su candoroso y bello semblante.

Por último, la dueña tocó á una puerta, que no estaba abierta como las demás que habían dado

paso de un salón á otro salón, sino que estaba cerrada. La dueña la abrió un poco, lo suficiente para que cupiese por ella una persona, empujó á Mutileder, le hizo entrar, y, quedándose fuera, cerró otra vez la puerta, dejándole solo.

Mutileder, que venía de salones donde había mucha luz, nada veía al principio, é imaginó que el salón en que acababa de entrar estaba á obscuras; pero sus pupilas se dilataron muy pronto, y notó que una luz velada y dulce iluminaba aquella estancia, difundiéndose desde el seno de tres lámparas de alabastro.

Aún no había tenido vagar para ver todo lo que le circundaba, cuando oyó Mutileder una voz blanda y argentina que parecía salir de una garganta humana nueva y de una boca fresca, colorada y sana, porque todo esto se conoce en la voz, la cual le decía:

—Perdóname, amigo, que te

haya hecho venir hasta aquí, deseosa de hablarte.

Dirigió Mutileder la vista hacia el punto de donde la voz procedía, y vió recostada lánguidamente en un ancho sofá á una dama morena y majestuosa como una emperatriz, vestida de blanca y flotante vestidura, con una cabellera abundante, lustrosa y negra como la endrina, y con unos ojos que parecían dos soles de luto, así por el fuego y los rayos que despedían, como por su obscuro color y por el color, no menos obscuro, de las cejas, de las largas y rizadas pestañas y aun de los párpados suaves, cuyas sombras acrecentaban el resplandor fulmíneo de los referidos ojos. En los brazos desnudos, casi junto al hombro, tenía la dama brazaletes de oro de prolija y costosa labor; sobre el pecho y en las orejas, collar y zarcillos de esmeraldas, y sendas ajorcas, por el estilo de los brazaletes, en las

gargantas de sus pequeños pies, calzados por coturnos de seda roja. Lazos de idéntica seda adornaban la falda y el corpiño y ceñían el airoso talle. Sobre el negrísimo cabello lucía, prendido con gracia, un ramo de flores de granado.

En todo esto reparó en conjunto Mutileder, pero sin analizar como nosotros, porque estaba algo cortado y sin saber lo que le sucedía. La cosa no era para menos, sobre todo tratándose de un mozuelo que, si bien despejado y audaz, carecía de experiencia y jamás se había visto en lances de aquel género.

Absorto, mudo, con la boca abierta, estaba Mutileder, cuando la dama se levantó y mostró de pie su gallarda estatura, esbelta y cimbreante como las palmas de Tadmor; y vino á él, y tomándole la mano, en la que él sintió como una conmoción eléctrica, le llevó á sí y le dijo:

—Siéntate. ¿Qué te asusta?

Y Mutileder se sentó, al lado de la dama, en un taburete bajito.

Luego que Mutileder se hubo serenado, oyó á la dama con la debida atención y le respondió con concierto.

Ella le dijo que se llamaba Chemed, que era viuda y rica y natural de Tiro, que había sabido su dolor, que se interesaba por él, á causa de una súbita é irresistible simpatía, y que anhelaba dar consuelo y remedio á sus males.



Aunque Chemed lo había averiguado todo, quiso que Mutileder le refiriese su historia. Mutileder la refirió con elocuencia. Al hablar de Echeloría, aunque era hombre

recio, se le saltaron las lágrimas. Con las lágrimas sobre sus mejillas y velando sus ojos azules, estaba el muchacho lo más bonito que puede imaginarse. Chemed no se hartaba de mirarle, pero ¡ con qué miradas! Vamos, no es posible explicar cómo eran.

Chemed tenía cerca de treinta y cinco años. Mutileder no había conocido á su madre. No sabía lo que era la amistad y el cariño de la mujer.

—¡ Pobrecito mío ! —exclamaba Chemed.—¡ Pícaro Adherbal ! No paga con la vida el mal que te ha hecho. Haces bien en querer vengarte y salvar á Echeloría de las garras de ese monstruo. Mira, Mutileder, dentro de cuatro días debo yo salir para Tiro, donde tengo que arreglar mis asuntos, muy desordenados desde que mi marido murió. Tú vendrás en mi compañía. Considérame como á tu amiga más leal.

Y sencillamente Chemed tomaba la mano del inocente mozo, y la estrechaba entre las suyas y la retenía en cautividad, equilibrando el calor superior que había en las de ella con el calor que él tenía en su mano.

Todavía se puso más interesante y bonito Mutileder cuando habló con efusión del eterno amor y de la fidelidad que él y Echeloría se habían jurado. Chemed celebraba todo esto, y lo hallaba muy á su gusto.

—Sí, hijo mío—decía á Mutileder,—así debe ser. Dichosa Echeloría, que encontró en ti un modelo de amantes. No suelen ser como tú los demás hombres, sino volubles y perjuros Todas mis riquezas, toda mi posición daría yo si hubiese encontrado un amante tan resuelto y fino como tú.

En suma, esta conversación siguió largo rato, y yo tengo notas y apuntes, que me ha suministrado

D. Juan Fresco y que me harían muy fácil referirla con todos sus pormenores; pero como mi historia tiene que ir en un almanaque, sin excitar á nadie á que los haga, y no puede extenderse mucho, sino ser á modo de breve compendio, me limitaré á lo más esencial, deslizándome algunas veces, con rapidez y como quien patina, en aquellos pasajes que más se presten á ello por lo resbaladizos.





V

Cuatro días después de la conferencia primera entre Chemed y Mutileder, salían ambos de Málaga para Tiro en una magnífica nave. Mutileder iba en calidad de secretario privado de la dama, para lle-

varle la correspondencia en lengua ibérica.

La amistad de ambos era íntima, y Mutileder, siempre que se veía en presencia de Chemed, estaba contento y como orgulloso de tener tan elegante y discreta amiga. Chemed tenía además mucho chiste y felicísimas ocurrencias: decía mil graciosos disparates, y Mutileder se regocijaba y reía, sin poderlo remediar; pero, cuando estaba solo, amarga melancolía se apoderaba de su alma, pensamientos crueles le atormentaban, y algo parecido á remordimientos le arañaba el corazón, como si fueran las uñas de un gato, ó digamos mejor, de un tigre.

Mutileder hablaba entre dientes, lanzaba desconsolados suspiros, manoteaba y hasta se golpeaba y pellizcaba sin compasión, y solía exclamar:

—¡Qué diablura! ¡Qué diablura!

En presencia de Chemed, ó se

olvidaba de su dolor, ó le refrenaba y disimulaba. Esta, á no dudarlo, era la diablura á que su exclamación aludía.

Mutileder había tenido ya tiempo para meditar, reflexionar y hacer severo examen de conciencia, y no se absolvía, sino que se condenaba por débil, perjuro y desleal, en grado superlativo.

A veces quería disculparse consigo mismo, y no lo lograba.

—Yo—decía—sigo amando á Echeloría, y Chemed no obsta para ello. Voy á buscar á Echeloría, á libertarla y á vengarla, y Chemed me ayuda en mi empresa. El cariño de Chemed tiene algo de maternal. ¡Es tan buena conmigo! ¡Es tan alegre y chistosa! ¡Qué tonterías tan saladas se le ocurren! ¿Cómo no he de reirme al oirlas? ¿He de estar siempre llorando? No: no es menester llorar; no es menester negarse á todo consuelo, como una bestia feroz, para

demostrar que es uno fiel y consecuente. Ya veremos, cuando me encuentre con Adherbal, si amo á Echeloría ó si no la amo.

Estas y otras sutilezas y quintas esencias alambicaba, fraguaba y se representaba Mutileder para justificarse; pero, como hemos dicho, no lo lograba nunca.

De aquí su pena cuando estaba solo; y no sé de dónde, el olvido de su pena cuando de Chemed estaba acompañado. ¡Contradicciones inexplicables, raras antinomias de los corazones de los mortales!

De esta suerte, en soliloquios románticos, acerbos y dignos de Hamlet, siempre que estaba sin Chemed; y en coloquios amenos, en pláticas tiernas y en juegos y risas, cuando Chemed aparecía, vivió Mutileder; y así se pasó el tiempo, caminó la nave, se detuvo en varios puntos de África y en algunas islas del archipiélago de Grecia, y llegó al fin á Tiro, capi-

tal entonces de Fenicia desde la ruina de Sidón, cuando los filisteos, rubios descendientes de Jafet, vinieron de Creta por mar, mientras que del lado del desierto de Arabia entraban los israelitas en la tierra de Canaán y lo llevaban todo á sangre y fuego. Tiro había hecho después renacer el poder cananeo ó fenicio, y estaba en toda su gloria y florecimiento. Sobre el trono de Tiro resplandecía el rey Hiram, amigo de Salomón, hijo de David. Israelitas y fenicios eran estrechos y felices aliados.

Muy largo sería describir aquí la grandeza de Tiro. Dejémoslo para mejor ocasión. Lo que importa es decir que Mutileder buscó á Adherbal en seguida, y no le halló. Pronto supo con rabia que el infatigable marino, sin reposar casi, se había encargado del mando de la flota, que Hiram y Salomón expedían con frecuencia á la India, desde el puerto de Aziongaber en el

mar Rojo. Tres días antes de la llegada de Mutileder y de Chemed, Adherbal se había puesto en marcha para tomar el mando referido.

Adherbal debía pasar por Jerusalén. Mutileder no pensó más que en perseguirle y alcanzarle antes de que se embarcara para tan larga navegación, de la que sabe Dios cuándo volvería.

Temiendo que le faltasen las fuerzas y el valor para despedirse de Chemed, Mutileder preparó su viaje con el mayor sigilo, aprovechando la salida de una caravana; y montado en un ligero dromedario, salió para Jerusalén, cuando Chemed menos lo sospechaba.

Chemed lo supo y lo lloró al leer una carta que él escribió antes de partir y que entregó á Chemed una persona de toda confianza. La carta decía como sigue:

«Mi querida Chemed: Yo soy el más débil y el más malvado de los hombres. Debí huir de ti desde el

primer momento y no entregarte nunca un corazón que no te pertenecía, que era de otra mujer y que jamás podía ser tuyo. Todo el afecto, toda la ternura que te he dado, ha sido falsía, perjurio é infamia. Y no porque yo fingiese esa ternura y ese afecto, que al contrario brotaban á borbotones, con toda sinceridad y con vehemente efusión del fondo de mi pecho, sino porque, al consagrártelos, faltaba á la fe jurada, rompía el sello de la fidelidad que había puesto Echeloría sobre mi alma, y me rebajaba hasta la vileza. De aquí mi lucha interior, de aquí mis contradicciones y extravagancias. A veces reía yo, jugaba y me deleitaba contigo; pero, cuando más contento estaba, surgía como espectro, como aterrador fantasma, de las profundidades de mi ser, el mismo amor ultrajado, el cual me azotaba rudamente con el azote de los remordimientos. Otros aman-

tes, mientras más aman, se hacen más dignos del amor, porque el amor hermosea y sublima los espíritus; pero yo, amándote, me degradaba en vez de elevarme, porque pisoteaba juramentos y promesas, y no amándote, me degradaba también, porque recibía de ti inmensos é inestimables tesoros de cariño que no acertaba á pagar. Si olvidaba á Echeloría para amarte, era yo un perjuro, y si no te amaba, para seguir amando á Echeloría, un falso, un estafador y un ingrato. Situación tan horrible y poco digna no podía durar. El cielo ha estado benigno conmigo, aunque no lo merezco, proporcionándome ocasión de dejarte con razonable motivo, sin que puedas tú tildarme de galán sin entrañas. Adherbal no está en Tiro. Mi deber es perseguirle. La ofensa que me ha hecho no puede quedar impune. Tú misma me tendrías por vil y cobarde si yo no me vengara.

No extrañes, pues, que te deje para cumplir con esta obligación.
—Adiós; adiós para siempre, ¡oh generosa y dulce amiga!»

Tal era la carta que escribió Mutileder, en buen fenicio, sin ninguna falta de gramática ni de ortografía. Chemed la leyó con lágrimas en los ojos y haciendo otros mil extremos de amoroso sentimiento.



Mutileder, entre tanto, caballero en su dromedario y lleno de impaciencia, iba trotando y galopando hacia Jerusalén. Harto de la pausa con que la caravana marchaba, tomó un guía, poseedor de otro dromedario tan ligero como el

suyo, y se adelantó al resto de sus compañeros de viaje Así llegó en pocas jornadas á la ciudad que casi había creado David, y que Salomón acababa de fortificar y hermosear con admirables monumentos. La había ceñido de altas tórres almenadas y de fuertes y gruesos muros; había edificado, sobre gigantescos sillares, en la cumbre del monte Moria, donde fué el sacrificio de Abraham, el maravilloso y único templo del Dios único, y había coronado las alturas de Sión con inexpugnable ciudadela y con alcázar suntuoso.

Dilatando Salomón sus conquistas al Sur del mar Muerto, domeñando á los hijos de Edom, de Amalec y de Madián, y enseñoreándose de Elath y de Aziongaber, abrió puertos para comerciar con el Hadramauth y el Yemen, con el Alto Egipto, con la Nubia y con las Indias Orientales. Cortan-

do luego las corpulentas hayas y los pinos y cedros seculares del Líbano, haciéndolos llevar en hombros de los más robustos varones de las naciones vencidas, como de los *refaim*, por ejemplo, raza descomedida de gigantes, que casi ladraban en vez de hablar; y trabando entre sí los leños con arte y maestría, hizo formar Salomón flotantes castillos que resistiesen el ímpetu de los huracanes y el furor de las olas. En medio del desierto, Salomón había fundado á Tadmor, célebre después con el nombre de Palmira, en un oasis lleno de palmas, á fin de que fuese emporio riquísimo y lugar de reposo de las caravanas que iban desde las orillas del Jordán á las del Eufrates y del Tigris; á Damasco, á Nínive y á Babilonia. Estaba, por último, interesado Salomón en el comercio de los fenicios con Tarsis ó Iberia, patria de Mutileder, y aun de más allá, ha-

cia el Occidente y Norte del mundo; bastante más allá, porque las naves tirias llegaban hasta el Báltico. Por todo lo cual refluía sobre Jerusalén cuanto Dios crió de bienes temporales. La plata era tan común, que se miraba con desprecio. Todo se fabricaba de oro purísimo, hasta los trastos de cocina. De Arabia venían perfumes; de Egipto, telas de lino, caballos y carros; esclavos negros y marfil, de Nubia, y especierías y madera de sándalo, y perlas, y diamantes, y papagayos y jimios y pavos reales, y telas de algodón y de seda, de allá de la desembocadura del Indo. Oro venía de todas partes, ya de Tíbar, ya de Ofir; ámbar y estaño, del Norte de Europa; cobre y hierro, de España. De esta suerte abundaba todo en Jerusalén. La fama del rey volaba por el mundo, porque el rey excedió á los demás reyes, habidos y por haber, en ciencia y en riqueza;

y no había persona de buen gusto que no desease ver su cara, y, sobre todo, los hijos de Israel, á quienes las naciones extranjeras respetaban y temían, por donde vivieron ellos tranquilos y venturosos, á la sombra de sus parras y de sus higueras, desde Dam hasta Beersebá, durante todos los días de aquel reinado.

Pues, como íbamos diciendo, á esta espléndida ciudad de Jerusalén llegó nuestro bermejino prehistórico, acompañado de su guía, pero más confiado en su fiero garrote y en la primorosa honda que le había regalado Echeloría, y con la cual, según suele decirse, no se le cocía el pan hasta que vengase á su primer amor, descalabrando al raptor injusto de una violenta y certera pedrada.

Preocupado con estos pensamientos de venganza, y como hombre que va á su negocio y que no viaja á lo *touriste,* Mutileder no quiso

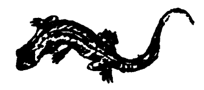
visitar las curiosidades de Jerusalén ni enterarse de nada de lo que allí sucedía, á no ser del paradero de Adherbal.

Imagine el pío lector qué desesperación no sería la de Mutileder cuando en seguida supo de buena tinta que Adherbal, viendo que urgía darse á la vela, y llegar pronto al Océano, para no desperdiciar la monzón, favorable entonces á los que iban á la India, había salido en posta, con dromedarios que de trecho en trecho estaban ya preparados y escalonados en el camino, á fin de verse cuanto antes en el puerto de Aziongaber, orillas del mar Bermejo.

Imposible de toda imposibilidad era ya que Mutileder llegase adonde estaba el marino fenicio, quien se sustraía así á su venganza. Tiempo había de pasar, pampanitos había de haber, antes de que dicho marino se pusiese á tiro de su honda, ó al alcance de su garrote.

Creyó entonces Mutileder que Adherbal se había llevado consigo á Echeloría para que fuese ornamento principal de la nave capitana, desde donde había de mandar la flota; y su rabia rayó en tal extremo, que pateó, juró, bufó, blasfemó, y hasta hubo de arrancarse, á tirones, algunos de los rizos hermosos y rubios que coronaban su cabeza.

En medio de todo, fué grande su consolación cuando logró saber que el pícaro y cortesano marino, rastrero adulador de príncipes, había hecho presente á Salomón de la preciosa Echeloría.





VI

¿Cómo resistir aquí á la tentación de encarecer lo mucho que D. Juan Fresco se ensoberbece y ufana, y lo orondo que se pone, y lo por bien pagado que se da de haberse pelado las cejas descifrando y leyendo las inscripciones y papi-

ros manuscritos de donde está sacada esta historia? Por ella consta que un bermejino, pues al cabo bermejino era Mutileder, ya que Vesci era la Villabermeja de entonces, rivaliza con Salomón y viene á hacer el brillante y extraordinario papel que verá el que siguiere leyendo.

Mutileder no se amilanó al saber que Echeloría estaba en el harem salomónico; antes dispuso quedarse en Jerusalén, espiar ocasión oportuna, y, no bien se presentase, asirla por el copete, arrebatando á la linda moza de entre las manos del Rey Sabio. No por eso pensó en hacer el más leve daño á Salomón. Mutileder era muy monárquico, y el Rey, por ser rey y por su ciencia infusa y demás virtudes, le infundía respeto. Salomón, además, no tenía culpa ninguna ni había ofendido á Mutileder. Había aceptado el presente que le habían traído, y había dado prueba de

buen gusto al aceptarle y guardarle.

A veces concebía Mutileder cierta halagüeña esperanza. Imaginaba que Echeloría había de llorar por él y había de decir á Salomón, con todo miramiento y finura, que no le amaba porque amaba á otro; y daba por cierto que Salomón, que era benigno con las mujeres, y tan galante y condescendiente que las consentía tener ídolos de la tierra de cada una de ellas, no debía de ser feroz con Echeloría, sino que, no bien supiese que su ídolo era Mutileder, había de ceder en sus pretensiones. Mutileder llegaba á columbrar como probable que el Rey le hiciera buscar para entregarle á la muchacha, y hasta que quizá se allanase á ser padrino de la boda.

La entereza, constancia y resistencia de Echeloría habían de mover á todo esto, y á más, el ánimo generoso de Salomón. ¿Qué le im-

portaba á este gran Rey una mujer más ó menos, cuando tenía en su harem setecientas reinas, ochocientas concubinas é infinito número de princesas? Así, pues, lo natural era que, viendo Salomón á Echeloría enamorada de otro, afligida y llorosa, y rechazándole por estilo arisco y montaraz, había de mostrarse desprendido.

Al hacer esta suposición, muy plausible, Mutileder se ponía colorado de vergüenza. Se presentaba en su imaginación lo bien que se portaba Echeloría, huraña como un gato y firme como una roca; veía el desprendimiento regio y la nobilísima conducta de Salomón, y se consideraba indigno, y quería, al recordar sus infidelidades con Chemed, que se abriese la tierra y le tragase.

Estos remordimientos, esta compunción y este sonrojo por la culpa tenían, sin embargo, bastante de sabroso y de dulce. ¡Ay, cuán pron-

to se trocó todo ello en amargura cuando oyó Mutileder lo que en Jerusalén se decía de público en calles y plazas!

Para saber lo que se decía conviene tomar las cosas de atrás y entrar en algunas explicaciones.

El palacio de Salomón era inmenso, y la sociedad en él muy amena. Multitud de poetas y de tocadores de arpas, tímpanos y salterios, le regocijaban de continuo. Allí había diestras bailarinas, artistas ingeniosos que hacían muebles elegantes y otras obras de extremado primor, y los mejores cocineros que entonces se conocían. Aquello era, en grado superlativo, en elevación á la quinta potencia, perpetua boda de Camacho. Salomón y sus mujeres y servidumbre devoraban cada día treinta bueyes cebados, cien ovejas y multitud de ciervos, búfalos, gacelas y aves. Y no se crea que porque comiesen poco pan. El consu-

mo diario de harina empleada en hacer pan, tortas, bollos y pasta *frolla* ó *flora*, era de noventa coros, ó sea cuarenta y cinco cahices, de doce fanegas, se entiende.

Así es que en el palacio de Salomón hasta el último pinche se regalaba á pedir de boca, y estaba gordo y lucio.

Las mujeres, tanto por naturaleza cuanto por los afeites que usaban, parecían celestiales y de variadísimo mérito. En aquella época no llevaban nombres puestos á la ventura, sino nombres significativos de sus más egregias cualidades, por donde sólo con mentarlas se puede colegir lo que valían. Entonces no se llamaba Doña Sol una fea, ni Blanca una negra, ni Dolores una regocijada, ni Rosa la que olía mal ó era áspera como cardo ajonjero.

Las favoritas de Salomón lo habían sido, y llevaban los nombres que llevaban porque lo merecían.

La hija del Faraón, que fué, á no dudarlo, Meneftá II, se llamaba Uom-anhet, esto es, Destroza-corazones. Ella inspiró á Salomón el primer amor, profundo y suave. Salomón era muy muchacho cuando se casó con ella, y ella le trajo en dote á Gezer y doce mil caballos para la remonta de su caballería. Después amó Salomón con locura á Anahid, Lucero de la mañana, hija del rey de Armenia. Se refiere que, repudiada ésta, hubo de volver á su patria, donde tuvo un hijo de Salomón, de quien procede el famoso Abagaro, á quien Cristo escribió una carta y envió su efigie. Después amó Salomón con no menor locura á Leliti, la Noche, princesa de Etiopía. Luego amó apasionadamente á Vahar, á quien trajeron de la India las primeras naves tirio-hebreas que fueron por allí. Esta Vahar, ó dígase Primavera, era de la familia de los Sakias, reyes de Kapilavastu, y, por

consiguiente, parienta del ilustre Sakiamuni, que había de ser Buda, y fundar una religión en que creyese cerca de la mitad del humano linaje.

Por último, pasión más durable que todas había concebido, alimentado y guardado Salomón por la Sulamita, en cuya alabanza dejó compuestas las poesías amatorias más bellas que habían sonado hasta entonces en lengua humana.

Pero Salomón, en medio de tantos deleites y triunfos, estaba hastiado. Nada le satisfacía. Todo era para él vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. Ni siquiera tenía el goce del amor propio y del orgullo, porque sostenía que su grandeza se debía al acaso y no á su carácter ni á su entendimiento y prudencia. Salomón había recapacitado y había visto que, debajo del sol, ni la carrera era de los ligeros, ni la guerra era de los fuertes, ni el bienestar de los listos, ni

de los prudentes la riqueza, ni de los elocuentes el favor, sino que todo era caprichoso resultado de la ciega fortuna.

Y hallándose su alma en tan doloroso estado, fué cuando Adherbal le presentó á Echeloría.

Y el pueblo de Jerusalén afirmaba que Salomón la había conocido y la había amado. Y que la había hallado rosa de Sarón y lirio de los valles. Y que había comparado su cabeza rubia, por la majestad, con el Carmelo, y el olor de sus vestidos al olor del almizcle y al de las silvestres flores que crecen en el Líbano.

La ternura de Salomón por Echeloría se aseguraba que excedía á la de Jacob por Raquel y á la de Isaac por Rebeca. Se daba por cierto que la amaba mil veces más que había amado á las otras mujeres: que sentía por ella todo género de afecto; que con el espíritu puro la estimaba y quería como su

pádre David había estimado y querido á Jonatás, muerto en las alturas de Gelboé por los filisteos; y que de un modo tempestuoso la idolatraba como el príncipe de Siquen había idolatrado á Dina.

Todos estos rumores llegaban cada vez con más consistencia á los oídos de Mutileder y le iban dando mucho que sentir y no poco que sospechar: le iban dando, permítaseme lo vulgar de la frase en gracia de lo gráfico, muy mala espina.

¿Cómo era posible que Echeloría resistiese á tantas seducciones? ¿Cómo había de entenderse el amor de Salomón, si la muchacha, en vez de estar amable, estuviese zahareña y cogotuda?

En vista de estas y otras reflexiones, y de no pocos indicios y pruebas que vinieron después, el pobre Mutileder tuvo al fin que abrir los ojos, y que reconocer que Echeloría se había dejado querer, y hasta

que pagaba á Salomón su cariño, queriéndole y siendo infiel y perjura á su Mutileder y á los juramentos hechos en Aratispi y en Churriana.

Por falta de elocuencia dejo de pintar aquí el furor de Mutileder cuando de esto se hubo cerciorado. Ni Otelo ni el Tetrarca estuvieron después más celosos y furiosos.

Pero nuestro bermejino no se limitaba á lamentos estériles. Siempre tomaba resoluciones y procuraba darles cima. La que ahora tomó fué la de matar á puñaladas á Echeloría y matarse él á renglón seguido con el propio puñal. Lo difícil era ver á Echeloría para matarla.

Chemed, ocupada en Tiro con sus asuntos, se había consolado de la ausencia de Mutileder, pero le conservaba buena amistad, y le había enviado cartas de recomendación para Adoniram, que era el mayordomo de Salomón, y para

otros personajes de la corte. Con estas cartas y con su hermoso rostro, gentil presencia y gallardo cuerpo, que más que nada le recomendaban, Mutileder pretendió y consiguió sin dificultad entrar en la guardia personal del rey.

Componíase dicha guardia de sujetos de no poco fuste; de señores y hasta de príncipes de las dinastías destronadas, cuyos reinos se habían anexionado Salomón y su padre, y de cuyos bienes habían ido incautándose. Allí había heteos, amorreos y jebuseos; caballeros de la casa de Abinadab, rey de Kiriath-Yarin; dos sobrinitos de Og, rey de Basan, á quienes apenas apuntaba el bozo y tenían ocho codos de estatura; varios nietos de Hamnón, rey de los Amonitas; y *para complemento de hermosura,* como dice Ezequiel, hablando de los pigmeos de Tiro, una pequeña tropa de idénticos pigmeos, que no se levantaban un codo de la

tierra, pero que eran certeros y terribles disparando ponzoñosos dardos.

Encubriendo siempre en los abismos obscuros del alma su terrible propósito de matar á Echeloría y de matarse él. Mutileder se ingenió de suerte que se ganó la voluntad de sus jefes inmediatos y hasta del general Benaya, tan ágil para cortar cabezas, según lo demostró á principios de aquel reinado, enviando al otro mundo, á fin de cimentar bien el trono, á Adonía, hermano mayor del rey, y á otros personajes.



Con este favor, pronto subió Mutileder á capitán de una compañía de filisteos, rubios casi tanto como

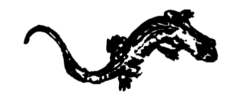
él, y que formaban parte de la guardia real.

Lo que no pudo conseguir fué ver á Echeloría. Lo que no pudo inspirar fué la absoluta é indispensable confianza para llegar á ser uno de aquellos sesenta valientes, los más probados y selectos, que rodeaban el tálamo de Salomón por la noche (algo parecido á nuestros Monteros de Espinosa), y que andaban siempre con la espada sobre el muslo, por temor de los duendes y vestiglos, que eran traviesos, traían revuelto el alcázar, y no hubieran dejado, sin la citada precaución, un instante de sosiego á las reinas y demás señoras.

¿Quién sabe si la misma gentileza de Mutileder sería óbice para que entrase él en el número de los sesenta, no hiciera el diablo que inquietase á las damas en vez de aquietarlas? Lo cierto es que su gentileza ya mencionada, su discreción, despejo y buen trato, se

hicieron notorios en Jerusalén, y que las damas le ponían en las nubes. Hasta un no sé qué de torvo, de melancólico y de trágicamente d.straído, que había en su lindo semblante, le hacía más grato á las damas.

Así las cosas, cuando ocurrió una novedad grandísima, que contribuyó á glorificar el reinado de Salomón más todavía.





VII

Además de los libros que conocemos. Salomón escribió otros muchos que se han perdido. Compuso tres mil parábolas y mil y cinco cantares, y disertó sobre árboles y plantas, desde el cedro hasta el hisopo que nace en la pared, y sobre aves, cuadrúpedos, reptiles y

peces. Quieren decir que supo muchas cosas que después se olvidaron; unas han vuelto á descubrirse, otras quizá no se descubran nunca de nuevo. Así, por ejemplo, parece que atraía por medio de pinchos de metal los rayos y las centellas; que entendía la lengua de los pájaros; que conocía la fuerza oculta de la palabra humana y obraba por ella mil prodigios; que los genios le obedecían, y que era sabedor de todas las doctrinas mágicas de Enoch y de las que Abraham había aprendido en su patria, Ur de los caldeos, y de las que estudió Moisés en los colegios sacerdotales de las orillas del Nilo.

Sea de esto lo que se quiera, no puede negarse que su fama de sabio se extendió por todas partes.

La reina de Sabá, cuyo nombre, según hemos llegado á averiguar, era Guadé, que en el idioma hymiárico, hablado entonces en su reino, equivale á *Amor ó Amis-*

tad, oyó hablar de Salomón y quiso probarle con preguntas y acertijos.

Embarcóse, pues, esta augusta señora en Aden, que era el mejor puerto de sus Estados, y con próspero viento, navegando por el mar Bermejo, aportó á Aziongaber, y desde allí, por Sela, Beersebá y otras poblaciones, llegó hasta Hebrón, donde el Rey Sabio salió á recibirla con mucha cortesía y aparato.

No entro aquí en descripciones del viaje de esta reina, de la pompa con que venía, de su entrada en Jerusalén, acompañada ya de Salomón, que la hospedó en su palacio, y de las fiestas que hubo con este motivo. Sería muy largo contar todo esto. Contentémonos con decir que los regalos que dió la reina á Salomón fueron magníficos, y no inferiores los que de Salomón recibió ella; que ella se quedó pasmada del lujo que gas-

taba Salomón; y que, como Salomón le adivinó de tenazón todos sus más enmarañados acertijos, ella se quedó doblemente pasmada de su sabiduría.

Salomón, que era fino y discreto, creyó que el mayor obsequio que podía hacer á Guadé, mientras morase en su alcázar, y siendo ella de un moreno muy subido de punto, era darle para guardia de su persona á los filisteos que mandaba Mutileder, todos rubios, blancos y sonrosados. En efecto, los filisteos la impresionaron agradablemente; pero Mutileder, su capitán, le pareció una divinidad y no un hombre cualquiera.

Era Guadé tan hermosa como las noches serenas del estío; sus ojos brillaban como carbunclos, y en oposición á su rostro, algo tostado, relucían como perlas sus dientes blanquísimos. Sabía mucho. Era un Salomón con faldas. Pronto con sus miradas fulmíneas

derritió la triple placa de bronce que el empeño de ser consecuente había puesto en torno del corazón de Mutileder. Y Mutileder y Guadé se amaron, á pesar de Chemed y de Echeloría.

Guadé, á quien importaba desengañar por completo á Mutileder, el cual le había contado toda su historia, menos su plan de tragedia; Guadé, que hablaba en toda confianza con Salomón y sabía los secretos del harem, reveló y probó á su joven amigo que Echeloría amaba á Salomón con delirio.

Esto indujo más á Mutileder á amar con delirio también á Guadé, no sólo porque ella se lo merecía, sino para no ser menos y tomar represalias y desquite.

Y sin embargo, y aquí entra lo más patético de mi cuento, si bien era cierto que Echeloría y Mutileder estaban enamorados el uno de su reina y de su rey la otra, ambos sentían, en medio de la embria-

güez del nuevo amor, pesar tremendo, torcedor horrible en la conciencia, y pasión de ánimo, que amenazaban matarlos.

Las mismas imaginaciones, las mismas ideas acudían al alma de los dos, aunque no se veían ni se hablaban. Se sentían rebajados y humillados. Eran juguetes de la casualidad. La voluntad de ellos carecía de firmeza. ¿Había sido ensueño infantil el amor que se tuvieron? ¿Había sido burla ridícula el juramento que se hicieron repetidas veces? O no había sido santa y hermosa aquella primera pasión, y entonces lo más poético de la vida de ambos se desvanecía; ó si la pasión había sido santa y hermosa, ellos habían sido sacrílegos é infames, profanándola y hollándola.

Mutileder desistió ya de matar á Echeloría y de matarse; pero aquel dolor oculto iba á matar á los dos. Y mientras más notaban ambos

que el amor que tenían á Salomón y á Guadé era su encanto y su delicia, más culpados y viles se juzgaban y más ganas tenían de morirse, porque el sonrojo y la humillación destrozaban sus pechos, no bien dejaban de embargarlos y cautivarlos el frenesí y el vivo deleite que nacen de los coloquios y caricias en el amor bien correspondido.

Salomón advirtió el mal de Echeloría, y Guadé advirtió el mal de Mutileder. Conferenciaron sobre ello. Se lo contaron todo. Buscaron remedio, y no pudieron hallarle. ¿Qué hierba, qué elixir, qué talismán sería poderoso contra tan rara dolencia, que designaron con el nombre de *dolencia de los dos amores?*

Presintieron los reyes que iban á perecer sus dulces amigos, y se desconsolaron. Todo era cavilar en balde qué habían de hacer para salvarlos. Llegaron hasta á ser tan

generosos, que proyectaron ceder él á Echeloría y ella á Mutileder para que se casasen. Pero luego consideraron que esto sería peor. Al verse, se avergonzarían de verse; no dejarían de amar de otro modo á Salomón y á Guadé; no podrían amarse entre sí del mismo amor que los amaban, y morirían más pronto y más desesperadamente.

El lance no tenía otra solución que la más lúgubre, á no ocurrir algo con visos de milagro, como ocurrió en efecto.





VIII

Años atrás, en los últimos del reinado de David, había venido á Jerusalén un príncipe hiperbóreo, á quien de fama conocen sin duda mis lectores. Hablo del sapientísimo Abaris, que caminaba montado en una flecha. Si era la aguja de

marear aplicada á la navegación aérea ó algo por el mismo orden, no acertaré yo á decirlo en este momento. Lo que hace al caso es saber que Abaris viajaba con facilidad prodigiosa.

David estaba viejísimo, y los sabios de Israel resolvieron que, para aliviar sus dolencias y hacer menos crueles los postreros años de su vida, era menester casarle con una jovencita bella é inocente, la flor de las doce tribus. Eligieron para esto los sabios á Abisag de Sunam, de quien, por una maldita coincidencia, Abaris, muy joven entonces, andaba perdidamente enamorado.

Abaris hizo esfuerzos inauditos para disuadir á Abisag de sacrificarse á aquel viejo; pero ella, teniéndolo á mucha honra, y creyendo que cumplía con un deber en ser útil al Rey Profeta, desdeñó á Abaris y se unió con el Rey.

Abaris montó en su flecha y se

fué de Jerusalén hecho un veneno.
A fin de vengarse del desdén de Abisag, ya que no en ella en otras mujeres, se convirtió en seductor desaforado, en el D. Juan Tenorio ó Lovelace de aquel siglo. Los medios de que disponía eran enormes. Era guapísimo, ágil y divertido en la conversación; y desde que, siglos antes, había venido su compatriota Olen á civilizar á tracios y pelasgos, no se había visto hiperbóreo de más doctrina en el Mediodía de Europa. Con esto, con su astucia, con sus chistes y con su atrevimiento, Abaris iba por todas partes haciendo estragos en los corazones femeninos.

Entre tanto murió David, subió Salomón al trono y Abisag quedó en palacio como una de las reinas viudas, aunque en realidad no se podía decir que hubiese sido esposa del Santo Rey.

Sabido es, no obstante, que Salomón quería que la tuviesen por tal

y que asimismo viviese ella consagrada sólo á la memoria de David, cuyo último suspiro había recogido. Por esto se enfadó tanto Salomón cuando Adonia se atrevió á pedirle por mujer á Abisag. Y habiéndole perdonado que conspirase contra él, no le perdonó aquella insolencia, é hizo que Benaya le matase, sin que pudiera valerle el haberse asido al cuerno del altar, en el templo mismo.

Abaris, que tuvo noticia de todo esto, y que aún estaba enojado contra Abisag, tardó en volver á Jerusalén; pero volvió al cabo y precisamente en los días en que Salomón y la reina de Sabá andaban más afligidos con la dolencia de Echeloría y de Mutileder.

Ignorábase qué proyectos traía Abaris, pero Salomón le recibió bien, porque Salomón apreciaba mucho la ciencia. Además, como Abaris era hombre de mundo, lo que se llama un rodaballo muy co-

rrido, Salomón le puso al corriente de todo, á ver si él hallaba remedio para aquel mal.

Abaris aseguró que curaría á los dos jóvenes íberos; pero que, en cambio, deseaba que Salomón le prometiese que había de otorgarle un don que intentaba pedirle. Salomón se lo prometió.

Pasaron después tres días, durante los cuales Abaris pareció como que estaba estudiando. Al terminar los tres días, fué Abaris al regio alcázar, hizo que Salomón le presentase á Echeloría, y, no bien la hubo visto, Abaris dió un grito y se echó en los brazos de la joven, exclamando:

—¡Gracias, gracias, benignos cielos: al fin he hallado á mi hija!

Explicó entonces Abaris que él había estado en Aratispi; que allí había tenido amores con la madre de Echeloría, y que Echeloría era el fruto de dichos amores. Añadió luego que como entonces era él tan-

peregrino seductor, había tenido también amores en Vesci con la madre de Mutileder; y que, por lo tanto, Mutileder era su hijo. En prueba de esto dió no pocos datos y razones, y la más sorprendente fué la de afirmar que ambos jóvenes iberos estaban sellados por él, en la espalda, desde el día en que nacieron, con una salamandra azul.



Con la alegría que produjo tan fausto descubrimiento, se prescindió de la etiqueta de palacio. Vino Guadé y trajo consigo á Mutileder. Desnudaron las espaldas de ambos jóvenes y se vieron estampadas en ellas las salamandras. No cabía

duda; eran hijos de Abaris, y por consiguiente hermanos.

Todo se aclaraba y se justificaba así. El amor que se habían tenido era fraternal: nacido de la fuerza del parentesco. En vez de afligirse de haber sido ella robada por Adherbal y enamorada luego de Salomón, y él de sus infidelidades con Chemed y con Guadé, dieron gracias á los propicios hados que de aquella manera y por tan ocultos caminos los habían salvado de un crimen feísimo, que tal le hubieran cometido si llegan á casarse.

Se disiparon, pues, las melancolías de Echeloría y de Mutileder; se abrazaron fraternalmente y más contentos que unas pascuas, y se encontraron muy á gusto de ser ella favorita de Salomón, y el príncipe consorte en el reino sabeo, para donde se fué con su Guadé, cuatro días después de saber que era hijo de Abaris y de haber des-

cubierto que tenía una salamandra azul en la espalda.

Echeloria se quedó en Jerusalén, ya sin remordimientos y muy alegre.

Abaris fué á ver á Salomón y á pedirle el don que había prometido otorgarle; pero como era hombre de mundo y precavido, llevaba preparada la flecha debajo del manto filosófico, poniéndose cerca del balcón abierto para hacer su petición, no fuera caso que Salomón se enfadase, y tuviese él que salir volando, antes de que Benaya le hiciese pasar á mejor vida.

La petición no era otra que la mano de Abisag.

Salomón estaba de tan buen talante con la radical curación de Echeloría, que en seguida consintió en que Abisag se casara. Además, Abisag iba ya pasando de la juventud á la edad madura, y como la mayoría de las solteras algo pasadas, estaba tan jaquecosa, que

Salomón no la podía aguantar, y se alegró de salir de ella.

Todos, pues, fueron felices.

Salomón tuvo una curiosidad y quiso que Abaris con el mayor sigilo la satisficiese.

—¿Hay algo de verdad—le dijo— en lo que afirmas de que eres padre de Echeloría y de Mutileder?

—En mi vida estuve en Iberia— contestó riendo Abaris.—Confiesa que mi remedio ha sido ingenioso y eficaz. Sin él no se hubieran curado los chicos y hubieran sido capaces de morirse. Para hacer más verosimil la historia, puse yo mismo por arte mágica en las espaldas de ambos las salamandras. Todo ha sido lo que allá en los tiempos venideros, dentro de cerca de tres mil años, llamarán los sabios y pulidos un *mito*, y los ignorantes y rudos, un *camelo* ó una *filfa*.

FIN

*Este libro se acabó
de imprimir en
Madrid, en casa
de A. Avrial,
el día 15 de
Junio de
1895*

- Colección Klong -

Catálogo



Todos los grabados que adornan este Catálogo, están sacados de las obras publicadas en la Colección.



Al publicar la *Colección Klong* nos proponemos hacer una serie de libros que por su parte material lleguen al mayor grado de perfección que en España se pueda conseguir. Galana muestra de nuestro deseo en este punto han sido los primeros volúmenes publicados, y esperamos que, vencidas dificultades del comienzo, iremos mejorando los sucesivos hasta merecer las alabanzas que

con demasiada benevolencia, á nuestro juicio, nos han dirigido.

En la *Colección Klong* tendrán cabida todas las obras literarias modernas ó antiguas que por su mérito sean dignas de selección; y para darle mayor variedad, figurarán en ella los nombres de los autores más notables del mundo, antiguos y contemporáneos, formando así una especie de certamen literario en el que el criterio y el buen gusto de cada lector será el único juez.

La aspiración de los editores es complacer á este juez, á cuyo fallo se someten.





CATÁLOGO

de las obras

publicadas en la COLECCIÓN ELOHG

SOULIÉ. — UN SUEÑO DE AMOR.

MAD. GIRARDIN. — EL BASTÓN DE M. DE BALZAC, 2 tomos.

VALERA, de la R. A. E.—LA BUENA FAMA.

ZSCHOKKE. — EL MUERTO PROMETIDO.

VALERA, de la R. A. E.—EL HECHICERO.

En prensa.

KARR.—FA SOSTENIDO.
DICKENS.—HISTORIAS DEL HOGAR.



Specimen

de una página de texto y grabado.

de

El Muerto Prometido.



sala del baile; mil bujías reemplazaban á la luz del día; el vino, el juego, la alegría, reinaban allí en medio del horror de la tormenta.

„La joven Baronesa, cubierta de diamantes, regalo de su novio, excitaba la envidia de todas las demás mujeres, y su aire orgulloso les decía que iba á convertirse en la Condesa más rica de Alemania.

„Se retiró antes de que terminara el baile. El Conde la siguió sin que nadie lo notara; y cuando las doncellas de la joven Baronesa fueron para desnudarla, las despidió sonrojándose y cerró la puerta.

„Enriqueta había sido invitada al baile, cuyo motivo ignoraba. El Conde reapareció en la sala hacia el amanecer, y la condujo en su coche hasta su casa, donde todos dormían. Abrió con cuidado la puerta. El Conde despidió el carruaje y siguió á Enriqueta.

„El día siguiente, una noticia espantosa se esparció por la ciudad,



A. Avrial, impresor. S. Bernardo, 92.

